CULTURAS

Toda figura sacralizada por la historia padece de ceremonias oficiales y simplificaciones de manual. La de Sarmiento, además, es materia de una controversia intermitente que no cesa de explorar los recovecos del complejo personaje. Con motivo de su centenario, **Página/12** reúne en este suplemento las miradas —distintas, discrepantes— de siete escritores argentinos, que versan especialmente sobre Sarmiento escritor.

UN ESCRITOR LLAMADO SARMIENTO





Alejandro Kacero

FACUNDO: EL COMIENZO

Por Ricardo Piglia

Pocas páginas dicen tanto sobre la situación de la literatura argentina como el comienzo del *Facundo*. La anécdota que inaugura el libro es la historia de una frase en francés. Extraño comienzo, se dirá, para un libro que, no sin razón, ha sido llamado inaugural. ¿Habrá que decir que con ese desvío de la lengua nacional comienza la literatura argentina? Lo cierto es que en ese uso del francés hay como una sobrecarga de información sobre el lugar del escritor (al menos sobre el lugar que el escritor se otorga) y sobre la colocación del público. No hay duda, además, que estamos frente al núcleo mismo del libro: la oposición entre civilización y barbarie se condensa y se resume en esa escena donde está en juego la traducción. "A fines del año 1840, salía yo de mi patria, desterrado por lástima, estropeado, lleno de cardenales, puntazos y golpes recibidos el día anterior en una de esas bacanales sangrientas de soldadescas y mazorqueros. Al pasar por los baños de Zonda, bajo las armas de la patria, que en días más alegres había pintado en una sala, escribí con carbón estas palabras: *On ne tue point les idées*. El gobierno, a quien se comunicó el hecho, mandó una comisión encargada de descifrar el jeroglífico, que se decía contener desahogos innobles, insultos y amenazas. Oída la traducción '¡y bien! —dijeron— ¿qué significa esto?' " Anécdota a la vez cómica y patética, un hombre herido que se exilia y huye, abandona su lengua materna del mismo modo que abandona su patria. Ese hombre con el cuerpo marcado por la violencia de la barbarie deja también su marca, impone su diferencia y su distancia: escribe para no ser entendido. La oposición entre civilización y barbarie se cristaliza en el contraste entre quienes pueden y quienes no pueden leer esa frase (que es una cita) escrita en otro idioma. Gesto profético, encierra una retórica y un programa: que esa diferencia se haya puesto en el manejo del francés define una de las claves de la literatura argentina.

En última instancia, el contenido político de esa frase está en el uso del francés porque esa lengua se identifica con la civilización, con "las luces del siglo", y son los ilustrados quienes pueden manejarlo, o mejor, los ilustrados se identifican, como con una contraseña, por el uso de otro idioma. Cuando Sarmiento registra el proceso de barbarie provocado por el rosismo se detiene a señalar que en San Juan: "No hay tres jóvenes que sepan inglés, ni cuatro que hablen francés". Saber leer es saber leer en otro idioma. "Para los pueblos de habla hispana —escribía Sarmiento— aprender un idioma vivo es solamente aprender a leer. ¿Cómo no pensar a leer"? ¿Cómo no pensar que él mismo respondía a esa exigencia en *Recuerdos de provincia*? En esa autobiografía, escrita justamente para revalidar sus títulos como escritor, Sarmiento se hace cargo como pocos de los emblemas que identificaban a los letrados. La aventura de su formación es, antes que nada, la historia épica de sus lecturas: Sarmiento exhibe, a cambio de una educación sistemática, la acumulación que respalda su acceso a la cultura. Hay una moral y una economía de la lectura en Sarmiento, pero si su aprendizaje está marcado por la precocidad y, sobre todo, por el espectáculo ("A los cinco años leía correctamente en voz alta"), su entrada en las lenguas extranjeras tiene un aire casi fantástico. En 1832, preso de Aldao, se dedica al estudio del francés "con gramática y un diccionario prestados; al mes y once días de principiado el solitario aprendizaje había traducido doce volúmenes, entre ellos las *Memorias* de Josefina". Este registro minucioso adquiere todas las características de una iniciación. "En 1937 aprendí el italiano en San Juan". "Ultimamente, en 1842, redactando *El mercurio*, me familiaricé con el portugués, que no quiere aprenderse". "En París me encerré quince días con una gramática y un diccionario y traduje seis páginas del alemán". Ese esfuerzo balzaciano, donde la disciplina se mezcla con el encierro, muestra (en un libro que selecciona cuidadosamente los acontecimientos que pueden asegurar los méritos de Sarmiento) hasta qué punto el aprendizaje de otro idioma es uno de los datos fundamentales para su definición como intelectual. Pero nada permite ver mejor esa exigencia que esta anécdota: "En 1833 estuve de dependiente de comercio en Valparaíso, ganaba una onza mensual, y de ella destiné media para pagar al profesor de inglés Richard, y dos reales semanales al sereno del barrio para que me despertara a las dos de la mañana a estudiar mi inglés; y después de un mes y medio de lecciones traduje a volumen por día los sesenta de la colección completa de novelas de Walter Scott".

Avaro siempre y ahorrativo (basta leer su Diario de gastos en París) Sarmiento se decide, como vemos, a gastar la mitad de su sueldo: inversión calculada, el dinero rinde rápido sus frutos (a costa de Walter Scott). En ese ascético libro de cuentas que es, en un sentido, *Recuerdos de provincia*, el relato del aprendizaje de las lenguas extranjeras es, para Sarmiento, el capital que respalda su fortuna intelectual.

Eruditos y bárbaros

Lo que está en juego es el manejo y la apropiación de la cultura europea. El escritor se define como un civilizador y sus textos son el escenario donde circulan y se exhiben las lecturas extranjeras. No hay que olvidar, en fin, que esa consigna escrita por Sarmiento es una cita.

El libro se abre con la historia de una cita y en este sentido se podría decir que el *Facundo* es la historia de las citas, referencias y alusiones culturales que sostienen y respaldan la autoridad de escritor. Baste revisar los epígrafes para encontrar una biblioteca de la época. Fortoul, Villemain, Head, Humboldt, Victor Hugo, Roussel, Chateaubriand, Shakespeare, Lerminier, Cousin: el tejido de los nombres que encabezan los capítulos puede leerse como un texto autónomo. Marcas de una lectura prestigiosa, el libro parece estar al servicio de esas citas, como si hubiera sido escrito para hacerlas conocer y comentar. Las frases ajenas actúan a menudo como el motor de la escritura: el texto las rodea, las explica, las desarrolla. Así por ejemplo, los acápites son siempre un resumen de lo que el capítulo va a desarrollar y le sirven de base. (Salvo en la "Introducción", donde la frase de Villemain define en realidad la posición que Sarmiento quiere asumir a lo largo del libro: "Yo pido al historiador el amor a la humanidad o a la libertad: su justicia imparcial no debe ser impasible. Es necesario, al contrario, que desee, que espere, que sufra o sea feliz con lo que narra"). La escritura de Sarmiento avanza de una cita a otra y en ese trayecto se traman los argumentos: en el fondo, habría que decir que esa es la verdadera estructura del libro.

Si por un lado la escritura se pone al servicio de las citas, por otro lado las usa, se las apropia, las convierte en parte del texto. Basta ver el modo en que Sarmiento traduce la frase que abre el libro: *On ne tue point les idées* se transforma en *A los hombres se degüella, a las ideas no*. En el proceso de la traducción la frase se "nacionaliza" y pasa a ser, de hecho, un texto de Sarmiento. (La versión escolar de esa frase es también un texto de Sarmiento: "Bárbaros, las ideas no se matan"). No se trata, está claro, de lo que suele llamarse un error de traducción, sino de un procedimiento más completo del que podemos encontrar ahí un ejemplo concentrado. Las ideas europeas son transformadas para que se adapten a la realidad nacional. La traducción funciona como transplante y como apropiación.

Utilice su escritura para sostener las citas o disuelva las citas en su escritura, en Sarmiento el sistema de referencias culturales está definido por el exceso y por la ostentación. Pero, a la vez, ese manejo "lujoso" de la cultura como signo de la civilización está corroído desde su interior por la barbarie. No se debe olvidar que esa frase francesa es, por otro lado, una cita falsa. La cita más famosa del libro, que Sarmiento atribuye a Fortoul es, según Groussac, de Volney. Pero otro francés, Paul Verdevoye, ha venido a decir que tampoco Groussac tiene razón: después de señalar que la cita no aparece en la obra de Fortoul, pero tampoco en Volney, la encuentra en Diderot: *On ne tire pas de coups de fusil sur les idées*. Frase usada como epígrafe en un artículo de Charles Didier publicado en la *Revue Enciclopedie* que es donde, sin duda, la encontró Sarmiento. La frase de Diderot, según Verdevoye, aparece por lo demás textualmente en uno de los acápites que Sarmiento utiliza en un artículo publicado el 12 de mayo de 1844, traducida así: *No se fusilan ni degüellan las ideas*. Lo que nos interesa señalar acá es un dato típico de Sarmiento (y no solo de él): en el momento en que la cultura sostiene los emblemas de la civilización frente a la ignorancia, la barbarie corroe el gesto erudito. Marcas de un uso que habría que llamar salvaje de la cultura, en Sarmiento, de hecho, estos barbarismos proliferan. Atribuciones erróneas, citas falsas: no intentaremos aquí su reconstrucción, bastará decir que las vemos como síntomas de una situación de lectura. ¿Qué decir si no del comienzo de *Recuerdos de provincia*? Libro escrito, como vimos, con la clara intención de mostrar su calidad de hombre ilustrado, comienza atribuyendo a *Hamlet* la más notoria de las frases del *Macbeth*, que aparece traducida (no sin gracia) de ese modo: "Es este un cuento que con aspavientos y gritos refiere un loco y que no significa nada". La cultura se devalúa en el mismo momento en que se la exhibe: en ningún lado se condensa mejor este procedimiento que en las citas de Shakespeare que aparecen en el *Facundo*. *Un cheval, vite, un cheval... Mon royaume pour un cheval*, dice Ricardo III citado por Sarmiento. No conozco gesto más ilustrativo que estas citas de Shakespeare en francés. Signo nítido, en definitiva, del funcionamiento de una cultura ostentatoria y de segunda mano.

Analogías

En Sarmiento, la erudición tiene una función mágica: sirve para establecer el enlace entre términos que, a primera vista, no tienen relación. Si Sarmiento se excede en su pasión, un poco salvaje, por la cultura es porque para él conocer es comparar. Todo adquiere sentido si es posible reconstruir las analogías entre lo que se quiere explicar y otra cosa que ya está juzgada y escrita. Para Sarmiento, saber es descifrar el secreto de las analogías: la semejanza es la forma misteriosa, invisible, que hace visible el sentido. La cultura funciona sobre todo como un repertorio de ejemplos que pueden ser usados como términos de comparación.

Las analogías y las equivalencias proliferan en el *Facundo* y entran en el texto desde el comienzo, explícitamente, sostenidas en una cita francesa: *"La pleine lune a l'Orient s'elevait sur un fond bleuâtre aux plaines rives de l'Euphrate.* Y en efecto, hay algo en las soledades argentinas que trae a la memoria las soledades asiáticas; alguna analogía encuentra el espíritu entre la pampa y las llanuras que median entre el Tigris y el Eufrates; algún parentesco en la tropa de carretas solitarias que cruza nuestras soledades para llegar, al fin de una marcha de meses, a Buenos Aires y la caravana de camellos que se dirige hacia Bagdad o Esmirna. Nuestras carretas viajeras son una especie de escuadra de pequeños bajeles". Se encuentra allí condensado el procedimiento básico que después el texto va a desarrollar, combinar y variar hasta convertirlo en el fundamento de la escritura.

Por de pronto, el respaldo de la equivalencia es casi siempre cultural; la comparación con Oriente (que por lo demás era un lugar común de la época) se apoya en la lectura. "He tenido siempre la preocupación de que el aspecto de Palestina es parecido al de La Rioja". Sarmiento no conoce Palestina, pero el epígrafe que encabeza ese capítulo (Roussel, *Palestine*) explica el origen de la comparación. Al mismo tiempo, si se compara lo conocido con lo desconocido (procedimiento clave sobre el que volveremos) es porque lo desconocido (Oriente, Africa, Argelia, etc.) ya ha sido juzgado y definido por el pensamiento europeo. Son las regiones del mundo que soportan la expansión colonial y a las que la ideología liberal ha comenzado a definir como lo bárbaro y lo primitivo que se debe civilizar. A la inversa, la comparación con Europa ocupa en el libro el lugar de la utopía. La civilización y la barbarie tienen cada una sus propios términos de comparación. Si el Oriente o la Edad Media son el pasado o el atraso como presente de América, Europa (o Estados Unidos) es el futuro de la Argentina. No es casual que cuando Sarmiento use este sistema "positivo" de comparación los verbos estén siempre en futuro.

En el fondo, para Sarmiento el procedimiento de las analogías es a la vez un método de conocimiento y una concepción del mundo. De hecho encuentra allí otro elemento para diferenciar al intelectual de las masas bárbaras. "Los pueblos en masa no son capaces de comparar distintamente unas épocas con otras; el momento presente es para ellos el único sobre el cual extienden sus miradas". En el mismo sentido es notable que Pedro de Angelis, antagonista político de Sarmiento, que se mueve en otro campo ideológico, haya escrito en 1833: "El campo más aberrante de errores es el sistema tan común de comparar pueblos a pueblos, instituciones a instituciones y circunstancias a circunstancias".

En el procedimiento de las analogías hay que ver uno de los fundamentos ideológicos del *Facundo*: la lógica de las equivalencias disuelve las diferencias y resuelve, mágicamente, las contradicciones. Sarmiento define y argumenta por analogía porque construye un sistema donde comparar ya es definir y juzgar. Organiza una especie de dic-



Juan Facundo Quiroga (Litografía de C. M. Bacle)

cionario ideológico en el que uno de los términos de la comparación aparece siempre definido y valorado. Al establecer la equivalencia, Sarmiento nos da la realidad bajo su forma juzgada. Primero, la realidad es forzada a admitir la analogía (La Rioja es como Palestina); después, la analogía viene a probar lo que se da por sabido ("Lo que conviene a La Rioja es exactamente aplicable a Santa Fe, San Luis, Mendoza"). Más que demostrar, se trata de mostrar las semejanzas y a menudo este procedimiento se expande y hace avanzar al texto. Habría que decir que en el *Facundo* la analogía funciona como sintaxis. "Es el capataz de carretas un caudillo, como en Asia el jefe de caravanas", escribe Sarmiento. A partir de ahí, la cadena de las analogías es interna al texto y lo clausura. "Lo que al principio dije del capataz de carretas es aplicable exactamente al juez de campaña". Y algo más adelante: "Lo que dije del juez de campaña es aplicable al comandante de campaña". Y cien páginas después: "Si el lector se acuerda de lo que he dicho del capataz de carretas, adivinará el carácter, valor y fuerza del boyero". Se busca en Asia a un jefe de caravanas que actúe de equivalente y a partir de allí, la analogía se expande y prolifera como un sistema de pruebas, amenazado siempre por la tautología.

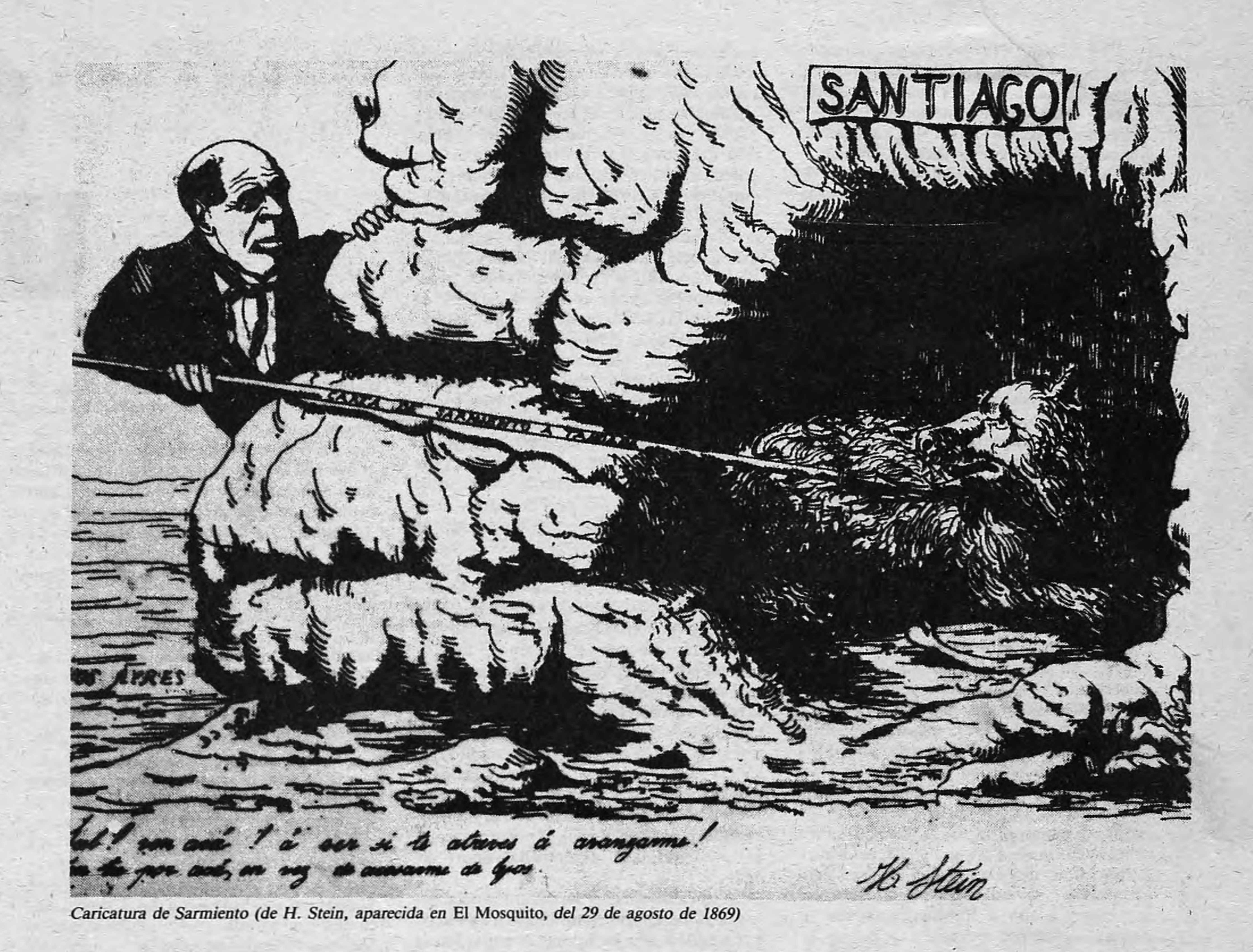
La escritura de Sarmiento tiende a ser exhaustiva, no quiere dejar residuos: todo debe ser explicado. "¿Qué vínculos misteriosos ligan todos estos hechos?", se pregunta al comienzo del libro. Esta exigencia es constante y funciona como una obligación, o mejor, como un mandato. "Necesito aclarar un poco este caos"; "clasificar los elementos contradictorios"; "explicar todo": se trata, siempre, de descubrir las relaciones, agrupar hechos dispersos en vastas unidades de sentido. La realidad es sometida a un catálogo de formas, ordenadas por la semejanza: en el fondo, para Sarmiento, comparar es clasificar.

De la equivalencia a la traducción

Si la semejanza permite enlazar y asimilar situaciones, sociedades y épocas distintas es porque lo que sostiene la identidad es una relación de determinación. Comparar es establecer el orden de las causas en el desorden del mundo. Se comparan los gauchos con los indios norteamericanos, con las hordas beduinas, no sólo porque la semejanza encierra un juicio de valor, sino porque se quiere demostrar que algo en común los determina. Así, la analogía no hace más que probar una equivalencia secreta. Una concepción fundada en el determinismo geográfico y racial define la identidad que hace posible ordenar las semejanzas. También acá las comparaciones se sostienen en un discurso cultural, pero en otro registro, al que habría que llamar más abstracto. "Muchos filósofos han creído también que las llanuras preparaban las vías al despotismo, del mismo modo que las montañas prestaban asidero a las resistencias, a la libertad". Y más adelante: "La frenología y la anatomía comparada han demostrado, en efecto, las relaciones que existen entre las formas exteriores y las disposiciones morales". No hace falta citar, o mejor, se cita un discurso social que se da por sabido y aceptado: la ciencia, saber anónimo, es la verdad general que sostiene la lógica del libro.

El orden que el texto viene a establecer en el desorden del mundo es, ya lo vemos, un orden de las causas. Pero a la vez, ese orden de las formas y de las semejanzas está siempre amenazado por la tautología, la abstracción, la contradicción, el vacío. Veremos un solo ejemplo. Nuestra sociedad pastoril: (a) "Es todo lo contrario del municipio romano", (b) "se asemeja a la antigua Slovoda Eslavona", (c) "con la diferencia de que aquélla era agrícola", (d) "se diferencia de la tribu nómade", (e) "en fin, es algo parecido a la feudalidad de la edad media", (f) "pero lo que presenta de notable esta sociedad en cuanto a su aspecto social es su afinidad con la vida antigua, con la vida espartana o romana", (g) "si por otra parte no tuviese una desemejanza radical". Este silogismo extravagante está encerrado en un solo párrafo.

Los puntos de comparación pueden extenderse al infinito y cerrarse sobre sí mismos. Todo se parece a todo, pero a la vez todo se diferencia. Analogías encadenadas y vacías, fundadas en la semejanza y en la diferencia: se encuentra ahí un ejemplo de lo que podríamos llamar una forma figurada de la dialéctica. El misterio y la fascinación de las analogías irrealiza el texto y al mismo tiempo lo clausura. En este procedimiento, que es el fundamento de su ideología, debemos buscar la base para analizar el carácter literario del *Facundo*.



Caricatura de Sarmiento (de H. Stein, aparecida en El Mosquito*, del 29 de agosto de 1869)*

EL VOLUNTARISMO BIOGRAFICO

Por Beatriz Sarlo

Lo mismo sucede con todos los grandes individuos históricos: sus propósitos particulares contienen la voluntad sustancial del espíritu universal." Sarmiento realiza en sus escritos la frase de Hegel: un gran individuo, seguro hasta la obstinación de sus proyectos a los que sólo se oponen los obstáculos de una realidad que es preciso modificar.

En hipótesis, por este mismo convencimiento, Sarmiento insiste en la biografía y la autobiografía como género. No sólo pertenecen a él los textos clásicos, *Mi defensa* y *Recuerdos de provincia,* sino que son biografías y retratos una de las formas narrativas básicas en el *Facundo,* además de contaminar sus escritos políticos y de costumbres y las cartas de *Viajes.* Lo autobiográfico como materia le sirve para exponer ideas, propuestas, posiciones. El recuerdo favorito de Sarmiento es a su persona: él es un ejemplo y las vidas de otros se miden contra su vida. Los acontecimientos significativos se iluminan cuando Sarmiento, o el lector de Sarmiento, los coloca en la serie de las vidas, para empezar, de la suya propia, donde todos los detalles son significativos.

¿Quién es Sarmiento para hablar de este modo de sí mismo? Precisamente alguien que no está demasiado seguro de quién es. Basta echar una mirada al cuadro genealógico con el que se abre *Recuerdos de provincia,* para que las sospechas emerjan: allí hay de todo, notables y gente de pueblo, pobres y ricos, letrados y analfabetos, parientes próximos, lejanos, allegados, familiares políticos y de sangre, ausencias y presencias aparentemente inexplicables. Su árbol genealógico refleja la inseguridad con la que Sarmiento vivía su origen familiar más próximo. De este árbol Sarmiento había prescindido en *Mi defensa,* donde sólo se anunciaba como un hijo de sus obras.

Sarmiento no siente el pudor del Yo. En realidad, piensa que la presentación de su vida tiene un carácter demostrativo tan fuerte, por lo menos, como otras vidas que él considera memorables. Cuando el deán Funes tuvo "para vivir, necesidad de vender uno a uno, los libros de su biblioteca", el lector no puede menos que colocar este pequeño drama emblemático dentro del paradigma que Sarmiento ha ido armando: construcción y destrucción de la biblioteca, quizás uno de los niveles más ricos de sus textos, que vuelven una y otra vez a la misma historia sobre cómo se consiguen los libros cuando la sociedad no es un espacio favorable a su circulación por muchos motivos. Se trata de una sociedad resistente, por barbarie, a la escritura; una sociedad lejana de los grandes centros intelectuales; una sociedad que habla español, idioma, para Sarmiento, anticultural.

El reconocimiento social del hombre de letras es, por una parte, condición para que la sociedad ofrezca el lugar debido a Sarmiento. Además, como Montesquieu, Sarmiento creía que "Europa domina sobre las otras partes del mundo y vive en la prosperidad mientras el resto gime en la esclavitud y la miseria, porque Europa es más esclarecida, en la proporción en que, en otras partes del mundo, las letras están sumidas en una noche infranqueable. Si miramos Europa, descubriremos que los Estados donde se cultivan las letras tienen, proporcionalmente, más poder". La dirección deseada por Sarmiento es inversa a la de un país donde el deán Funes se vio obligado a vender su biblioteca.

Sarmiento está convencido de que hay una verdad y una fuerza en lo simbólico. Por eso, ejerce una mirada semiológica. Los detalles, lo superficial, lo aparentemente sin importancia, nunca son casuales para quien sabe leer. *Facundo* se escribe a partir de este tipo de lectura de lo social: se propone "ilustrar por sus símbolos el carácter de la guerra civil". La semiología de los colores, de los espacios, de los vestidos, del baile y la conversación, de la circulación de mujeres y las costumbres matrimoniales, de la educación formal e informal, de los idiomas extranjeros. En verdad, podrían leerse *Facundo, Viajes, La campaña en el Ejército grande* como tratados sobre las costumbres donde todo es significativo, donde la jerarquía social de las prácticas es reorganizada porque, en lo simbólico, se revela la verdad de una sociedad, se encierra su historia y se define su futuro.

La biografía se convierte en este espacio privilegiado de condensación simbólica, si se conoce el arte de elegir no sólo momentos sino niveles narrativos que se organicen en la construcción de un sentido. En *Mi defensa,* Sarmiento se presenta con el perfil del héroe cultural: un extranjero en Chile, de origen oscuro, que trae la civilización y la cultura sintetizadas en su aptitud para "leer bien"; como todo héroe cultural es víctima de conjuraciones, odiado por quienes no lo conocen, respetado por quienes se le acercan. Y fundamentalmente es un *self-made man,* un autodidacta que ofrece su modelo en espejo para la nación: aprender de los libros aquello que no puede aprenderse de las tradiciones, porque han sido rotas, o de la realidad, porque ella es profundamente anticultural. Si el autodidacta pudo, su modelo es, como expresión del espíritu universal, posible para su patria. Inevitablemente Sarmiento postula una continuidad entre su suerte y la de la Argentina. Construyendo un colectivo que lo incluye como individuo representativo, aunque excepcional, se incorpora al futuro del país como elemento insoslayable. Nunca en la cultura argentina, un escritor, un ideólogo, un político se sintió tan atravesado y tan dependiente del destino colectivo. Que de este destino Sarmiento excluyera lo que él considera la barbarie, significa que, por desdicha, no hubo posibilidad histórica de imaginar un todo sin exclusiones.

En esa construcción imaginaria de la república futura, Sarmiento se coloca como representante de tres tiempos: del pasado por su genealogía, del presente por su poder de intervención, del futuro por su capacidad de convertir los discursos en práctica, así como ha sabido leer un país, podrá alterar su simbología y liquidar consecuentemente esa oscura base de resistencia, fundada en el pasado pero que todavía decide, bajo la forma de Rosas y la montonera, las relaciones presentes. Su biografía le parece ejemplar porque demuestra que es posible torcerle el brazo a las determinaciones. Tal ejercicio de voluntarismo define sus escritos, por lo menos hasta Caseros.

CONSTI[...]
UNA NAC[...]

Por León Pomer

Cómo hacerlo? ¿Con qué? ¿Imitando algún modelo de éxito comprobado? ¿Inventando algo nuevo? ¿Qué hacer con el existente social?

Sarmiento perteneció a una generación famosa: es recordada como la del '37. Militaron en ella Alberdi y Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Echeverría, varios más; la preocupación que la desvelaba podía resumirse en los interrogantes arriba formulados. Todos los muchachos —porque en 1837 lo eran— creían en los poderes supremos de la razón; más que sangre corríales por las venas el Iluminismo francés. Lo racional legitimaba sus sueños; soñaban que la razón debía regir las sociedades humanas y por lo tanto ellos, sus portadores en este rincón remoto del planeta, creíanse llamados a ejecutar la gran obra: ajustar la sociedad a la razón. Frente a las masas incultas e irracionales —incultas de racionalidad, digamos, y de cultura europea—, frente a gentes que portaban el virus colonial la elite intelectual debía empuñar las armas de la razón y repartir las cuchilladas correspondientes.

La generación del '37 vivió esta convicción: la naturaleza humana y la entera sociedad son perfectibles hasta el infinito; la ley de la humanidad es el progreso constante, pero entiéndase bien, el progreso moral e intelectual. El futuro del hombre debía ser contemplado con optimismo. Pero entretanto, ¿cómo mejorar el hombre, cómo perfeccionar la sociedad? Proponer una democracia sin limitaciones —Sarmiento lo hizo alguna vez— era arriesgar a que prevalecieran los hábitos retrógrados, los fanatismos perversos. Dar a todo el mundo el derecho de elegir era sancionar el atraso. De aquí se seguirá la teoría de la aristocracia del espíritu. Echeverría lo dirá claramente; los demás no discordarán. Alberdi quiso romper el círculo perverso y acuñó la fórmula: gobernar es poblar. Sarmiento redondeó: gobernar es poblar y educar.

La generación del '37 se apasionó por los románticos europeos. Echeverría al retornar de Francia trajo una buena provisión de artillería libertaria; en el terreno de la poesía —uno de sus preferidos— decididamente munición anticlásica. Y así como los dioses del Olimpo —resucitados por la Gran Revolución del '89— debían regresar definitivamente a sus tumbas polvorientas, así también se hacía necesario enterrar ciertas jerarquías espurias. Con los románticos franceses entraron por el puerto unos sombríos alemanes exaltadores de un pasado que supieron mistificar. Y entró Herder. Mariano José de Larra, talentosísimo crítico de la sociedad española de su tiempo, fue leído con avidez y Alberdi, en su juventud, quiso ser el Fígarillo del Plata (Larra firmaba Fígaro sus artículos satíricos). Algún Saint Simon y algún Fourier anduvieron en manos de aquellos jóvenes y Sarmiento, en su aldea provinciana, echóse entre pecho y espalda al teólogo anglicano Paley, al filósofo francés Victor Cousin y a Fenimore Cooper, el famoso novelista norteamericano que había de inspirarle la idea fuerza de Facundo: civilización o barbarie. Cousin le sugirió la teoría sobre la función social del hombre representativo. Pero el deslumbramiento —para Sarmiento y todos los demás— fue Tocqueville, o si se quiere la sociedad norteamericana que el francés describía. Cuando don Domingo elogia la vida comunitaria del país del Norte según la versión de Tocqueville —y según la verían sus propios ojos años después— no es difícil percibir el eco de antiguas utopías que describen a un pueblo organizado en comunas que lo proveen todo, sin que el Estado sea presencia tutelar, dominante. La América del Norte aparece como la tierra de la pantisocracia (gobierno igualitario para todos) y del asfeterismo (generalización de la propiedad individual). El Estado es una sombra casi imperceptible. En esa sociedad el sanjuanino ve realizada su afirmación —o en vías de serlo— "a cada uno conforme sus trabajos", en la que no se oculta una resonancia saintsimoniana. Sarmiento gusta de eso; gusta que el mérito personal sea incentivado y reciba su premio. Frente al hombre masa, el individuo. Frente al principio jerarquizador del linaje, la igualdad de oportunidades.

En su exilio chileno Sarmiento proclamóse socialista, en contraposición a los clásicos y románticos que balbuceaban en las letras trasandinas. Los vientos que soplaban en Europa desde 1830 habíanle azotado el rostro. Supo de ideologías políticas que tomaban en cuenta las clases sociales; tomó conocimiento de una novelística volcada a la realidad social. Creyó don Domingo en el arte social que habiendo comenzado a propagarse en Europa Occidental en el '30, dieciocho años después hacía furor. La literatura se politizaba. En Francia —siempre la luz inspiradora— los escritores se hacían políticos y los políticos escritores, filósofos, historiadores. Allí estaban Thiers, Guizot, Thierry, Michelet y Victor Cousin para dar el ejemplo. Por otro lado el romanticismo ya no existía más como extraño al mundo, místico y mentiroso (Gautier, Narval); ahora se erizaba en anticlerical y antilegitimista. Hugo, Lamartine, George Sand y otros se empeñaban en colocarse al servicio del arte "popular". La palabra socialista estaba de moda. Eran socialistas —o decían serlo— Eugenio Sué, Scribe, Dumas, Musset. Pero claro, a algunos de ellos no debía durarles. Después del '48 muchas fogosidades verbales se moderaron. Tener piedad por el pueblo hambriento no es lo mismo que observarlo —a veces desde la ventana prudente— clamando por el socialismo, puños en alto, armas en ristre.

Sarmiento decíase socialista y por tal entendía lo siguiente: "La necesidad de hacer que la ciencia, el arte y la política contribuyan para el único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren". En el joven Sarmiento el combate a las "preocupaciones" retrógradas corre simultáneamente con esta ferviente persuasión: es necesario sacar a los pueblos de su miseria.

Ahora bien: ¿Dónde deberá situarse el intelectual iluminado —en qué grupo social— para llevar a cabo el proyecto renovador? En su Argentina no existen los "poderes secundarios" que tanto lo asombraran en los Estados Unidos. Faltan las asociaciones populares capaces de representar al pueblo frente al Estado, de asumir tareas de administración regional, de ocuparse de la educación y la salud. Y la conclusión es que existen dos espacios sociales: uno de ellos representado por la masa oscura e ignara; el otro es el Estado. El primero es rechazado sin mayor examen, diríamos que instintivamente. La alternativa no presenta dudas y los intelectuales iluminados inician la lucha para ingresar en las esferas del poder. Luego de que algunos de ellos coquetean inicialmente con Rosas se pronuncian contra él; más tarde se dividirán en relación a Urquiza. Y entonces en la escena se representa un extraño espectáculo: la oligarquía de origen colonial y los intelectuales alertas a la novedad ultramarina pasan a jugar en el mismo equipo. Unidad de la diversidad, sin duda, ya que no son la misma cosa; pero en las orientaciones fundamentales quienes se acaban por imponer son los mercaderes de largas distancias marinas y terrestres, los latifundistas que crían ganado, los financistas que median entre el tesoro local y los prestamistas europeos.

En el pensamiento sarmientino hay una fuerte dosis de democracia plebeya. Pero también existe una concepción elitista y mesiánica. En términos de política práctica el demócrata que critica acremente la democracia censitaria francesa y se deshace en elogios por la norteamericana tendrá que buscar su espacio entre los que dominan, en las instituciones que han creado para dominar. Buscar espacio y hacerse cómplice —aunque le pese, si le pesa— de los procedimientos políticos de la república oligárquica. Es bueno no olvidarlo: Sarmiento se siente Sancho Panza, nunca Don Quijote.

Para nuestro hombre la revolución de 1789 fue un fracaso; la de 1848 le inspira temor. Aunque reconociendo la legitimidad de la protesta de los proletarios parisienses teme el caos, los atentados a la propiedad. Su paradigma son los Estados Unidos. De Europa le impresionan los monumentos venerables; las multitudes hambrientas le parecen lamentables. El ejemplo, el modelo, son los Estados Unidos. Después de escrutarlos a través de Tocqueville irá a estudiarlos personalmente; será embajador en Washington antes de ser Presidente de la Nación.

El problema del sanjuanino y sus compañeros de la generación del'37 es construir una nación moderna a partir de una realidad social originada en la colonia; de construirla, además, con arreglo a ciertas imágenes, a un cierto imaginario. Suponíase que las ideas, devenidas guía de la acción y práctica política, permitirían afirmar el buen rumbo, con tropiezos, claro, con vacilaciones y errores, pero rumbo al fin. Las ideas prescribían un arsenal de instrumentos: poblar con inmigrantes calificados, cultos; levantar millares de escuelas y alfabetizar masivamente; extender ferrocarriles capaces de unificar el espacio interior; unir con el telégrafo todas las direcciones, todas las latitudes; distribuir la tierra entre los inmigrantes otorgándoles fracciones de razonable extensión a precios no especulativos. Aceptábase que por largo tiempo seríamos productores de materias primas y alimentos, que era preciso abrir las puertas al capital y las manufacturas extranjeras, a las tecnologías más avanzadas relativas a las prácticas agropecuarias.

Pero volvamos al comienzo: ¿qué hacer con la Argentina vieja, carcomida por el atraso, poblada con más vacas que personas humanas? En teoría: educar, educar, educar. En la práctica de gobierno —y Sarmiento será primer magistrado de su provincia natal y luego de la nación— el educar podía transformarse en reprimir, reprimir, reprimir.

Como [...]
enfrentar [...]
cabezada [...]
loza, el C[...]
nas de v[...]
ampliame[...]
caudillo. [...]
ronel Sar[...]
lo llamen[...]
nistro de [...]
ce seis me[...]
¿Qué suce[...]
norte —e[...]
ciones u[...]
cuarenta [...]
tantes del[...]
do armas [...]
Lomas B[...]
manos de[...]
Fértil y [...]
con los m[...]

¿Qué c[...]
Peñaloza [...]
postura e[...]
En realid[...]
Vida del [...]
Unidos, e[...]
de aguas, [...]
toso. Los [...]
corriente[...]
los así lla[...]
sobre te[...]
mantenía[...]
ducto de [...]
bustos es[...]
Sarmient[...]
suplir co[...]
medios d[...]
dos les ne[...]
y luego su[...]
para sí l[...]
tierras m[...]
hambre h[...]
violencia [...]
esas viole[...]
guidores [...]

Sarmie[...]
riojana D[...]
ve conde[...]
sentimien[...]
sentimien[...]
que "par[...]
(de los De[...]
jaron a lo[...]
nuestro h[...]
Quiroga [...]
Ocampo [...]
de los m[...]
guiente: [...]
tes la "pa[...]



SARMIENTO Y LA[...]

Por María Moreno

Sarmiento nunca dejó de ser fiel a doña Paula. Casado con la Patria, pasó, a juzgar por sus retratos, de niño a viejo sin llegar a ser hombre. Insoportable y ejemplar, siempre se jactó de no haber sabido hacer bailar un trompo, levantar un barrilete, ni pegar un pelotazo. En cambio, no faltó nunca a la escuela. Su sombra pesada y moral amargó nuestra infancia bajo la imagen de su madre, pegada al telar como una araña para que, hasta las quemacorpiños de los años sesenta, pasáramos por el bautismo de la abnegación, el sacrificio y el ánimo por la industria casera. A la tejedora, él podría haberla descrito, como cabía en la época, "peinada en bandeaux y alta como una inglesa". Prefirió señalar que tenía los juanetes muy grandes, lo que es índice de energía, y un amago de cuernos sobre la frente con que la frenología halaga una inteligencia masculina.

Mientras el corazón del general Mansilla estaba tatuado como el de un marinero, el de Sarmiento sólo admitía sus propios rasgos, es decir los de Enrique Muiño. ("En mi corazón sólo entro yo", solía decir.)

Contrera de un imaginario erótico que se reparte entre el santuario hogareño y el quilombo, siempre anduvo más o menos del lado de la clandestinidad. Eso sí, nunca renegó del gusto por el menorazgo. A María de la Cruz Canto le hizo una hija, Emilia Faustina. A Benita Martínez Pastoriza (casada con un Castro), un hijo, Dominguito, aprovechando la venturosa casualidad —capaz de mantener una reputación sin faltar a la verdad— de que tanto Castro como Sarmiento se llamaran Domingo.

A Aurelia Vélez la conoció en casa de su padre, Dalmacio Vélez Sarfield. Con su lengua florida la llevó al divorcio (estaba casada con un Ortiz). Todas eran menores, a las que él engualichaba con una precoz peluca que, según Gálvez, estaba recargada de bucles como de víboras una cabeza de medusa.

En una taxonomía universal de mujeres, Sarmiento elogia a la "tapada peruana" de cuya saya asoma un solo ojo, a las españolas cuya mantilla les baja sobre las cejas, a las moras veladas pero siempre que puedan ver. Se nota en Sarmiento un fetichismo de

los ojos, [...]
rria de si[...]

A Beni[...]
De ella di[...]
res: "Est[...]
la existen[...]
inextingui[...]
corrosivo [...]
tiene y los [...]
A ésta la [...]
separa pa[...]
Confesión[...]
agitado ha[...]
es una feli[...]
var del na[...]
nos cuand[...]
timarnos s[...]
felicidad [...]

Si Rosa[...]
rra, si Ec[...]
Mansilla, [...]
día Carm[...]
Nekrásov)[...]
agentes de[...]
Mann, a E[...]
fundan, lo[...]



Por León Pomer

Cómo hacerlo? ¿Con qué? ¿Imitando algún modelo de éxito comprobado? ¿Inventando algo nuevo? ¿Qué hacer con el existente social?

Sarmiento perteneció a una generación famosa: es recordada como la del '37. Militaron en ella Alberdi y Juan María Gutiérrez, Vicente Fidel López, Echeverría, varios más; la preocupación que la desvelaba podía resumirse en los interrogantes arriba formulados. Todos los muchachos —porque en 1837 lo eran— creían en los poderes supremos de la razón; más que sangre corríales por las venas el Iluminismo francés. Lo racional legitimaba sus sueños; soñaban que la razón debía regir las sociedades humanas y por lo tanto ellos, sus portadores en este rincón remoto del planeta, creíanse llamados a ejecutar la gran obra: ajustar la sociedad a la razón. Frente a las masas incultas e irracionales —incultas de racionalidad, digamos, y de cultura europea—, frente a gentes que portaban el virus colonial la elite intelectual debía empuñar las armas de la razón y repartir las cuchilladas correspondientes.

La generación del '37 vivió esta convicción: la naturaleza humana y la entera sociedad son perfectibles hasta el infinito; la ley de la humanidad es el progreso constante, pero entiéndase bien, el progreso moral e intelectual. El futuro del hombre debía ser contemplado con optimismo. Pero entretanto, ¿cómo mejorar el hombre, cómo perfeccionar la sociedad? Proponer una democracia sin limitaciones —Sarmiento lo hizo alguna vez— era arriesgar a que prevalecieran los hábitos retrógrados, los fanatismos perversos. Dar a todo el mundo el derecho de elegir era sancionar el atraso. De aquí se seguirá la teoría de la aristocracia del espíritu. Echeverría lo dirá claramente; los demás no discordarán. Alberdi quiso romper el círculo perverso y acuñó la fórmula: gobernar es poblar. Sarmiento redondeó: gobernar es poblar y educar.

La generación del '37 se apasionó por los románticos europeos. Echeverría al retornar de Francia trajo una buena provisión de artillería libertaria; en el terreno de la poesía —uno de sus preferidos— decididamente munición anticlásica. Y así como los dioses del Olimpo —resucitados por la Gran Revolución del '89— debían regresar definitivamente a sus tumbas polvorientas, así también se hacía necesario enterrar ciertas jerarquías espurias. Con los románticos franceses entraron por el puerto unos sombríos alemanes exaltadores de un pasado que supieron mistificar. Y entró Herder. Mariano José de Larra, talentosísimo crítico de la sociedad española de su tiempo, fue leído con avidez y Alberdi, en su juventud, quiso ser el Figarillo del Plata (Larra firmaba Fígaro sus artículos satíricos). Algún Saint Simon y algún Fourier anduvieron en manos de aquellos jóvenes y Sarmiento, en su aldea provinciana, echóse entre pecho y espalda al teólogo anglicano Paley, al filósofo francés Victor Cousin y a Fenimore Cooper, el famoso novelista norteamericano que había de inspirarle la idea fuerza de Facundo: civilización o barbarie. Cousin le sugirió la teoría sobre la función social del hombre representativo. Pero el deslumbramiento —para Sarmiento y todos los demás— fue Tocqueville, o si se quiere la sociedad norteamericana que el francés describía. Cuando don Domingo elogia la vida comunitaria del país del Norte según la versión de Tocqueville —y según la verían sus propios ojos años después— no es difícil percibir el eco de antiguas utopías que describen a un pueblo organizado en comunas que lo proveen todo, sin que el Estado sea presencia tutelar, dominante. La América del Norte aparece como la tierra de la pantisocracia (gobierno igualitario para todos) y del asfeterismo (generalización de la propiedad individual). El Estado es una sombra casi imperceptible. En esa sociedad el sanjuanino ve realizada su afirmación —o en vías de serlo— "a cada uno conforme sus trabajos", en la que no se oculta una resonancia saintsimoniana. Sarmiento gusta de eso; gusta que el mérito personal sea incentivado y reciba su premio. Frente al hombre masa, el individuo. Frente al principio jerarquizador del linaje, la igualdad de oportunidades.

En su exilio chileno Sarmiento proclamóse socialista, en contraposición a los clásicos y románticos que balbuceaban en las letras trasandinas. Los vientos que soplaban en Europa desde 1830 habíanle azotado el rostro. Supo de ideologías políticas que tomaban en cuenta las clases sociales; tomó conocimiento de una novelística volcada a la realidad social. Creyó don Domingo en el arte social que habiendo comenzado a propagarse en Europa Occidental en el '30, dieciocho años después hacía furor. La literatura se politizaba. En Francia —siempre la luz inspiradora— los escritores se hacían políticos y los políticos escritores, filósofos, historiadores. Allí estaban Thiers, Guizot, Thierry, Michelet y Victor Cousin para dar el ejemplo. Por otro lado el romanticismo ya no existía más como extraño al mundo, místico y mentiroso (Gautier, Narval); ahora se erizaba en anticlerical y antilegitimista. Hugo, Lamartine, George Sand y otros se empeñaban en colocarse al servicio del arte "popular". La palabra socialista estaba de moda. Eran socialistas —o decían serlo— Eugenio Sué, Scribe, Dumas, Musset. Pero claro, a algunos de ellos no debía durarles. Después del '48 muchas fogosidades verbales se moderaron. Tener piedad por el pueblo hambriento no es lo mismo que observarlo —a veces desde la ventana prudente— clamando por el socialismo, puños en alto, armas en ristre.

Sarmiento decíase socialista y por tal entendía lo siguiente: "La necesidad de hacer que la ciencia, el arte y la política contribuyan para el único fin de mejorar la suerte de los pueblos, de favorecer las tendencias liberales, de combatir las preocupaciones retrógradas, de rehabilitar al pueblo, al mulato y a todos los que sufren". En el joven Sarmiento el combate a las "preocupaciones" retrógradas corre simultáneamente con esta ferviente persuasión: es necesario sacar a los pueblos de su miseria.

Ahora bien: ¿Dónde deberá situarse el intelectual iluminado —en qué grupo social— para llevar a cabo el proyecto renovador? En su Argentina no existen los "poderes secundarios" que tanto lo asombraran en los Estados Unidos. Faltan las asociaciones populares capaces de representar al pueblo frente al Estado, de asumir tareas de administración regional, de ocuparse de la educación y la salud. Y la conclusión es que existen dos espacios sociales: uno de ellos representado por la masa oscura e ignara; el otro es el Estado. El primero es rechazado sin mayor examen, diríamos que instintivamente. La alternativa no presenta dudas y los intelectuales iluminados inician la lucha para ingresar en las esferas del poder. Luego de que algunos de ellos coquetean inicialmente con Rosas se pronuncian contra él; más tarde se dividirán en relación a Urquiza. Y entonces en la escena se representa un extraño espectáculo: la oligarquía de origen colonial y los intelectuales alertas a la novedad ultramarina pasan a jugar en el mismo equipo. Unidad de la diversidad, sin duda, ya que no son la misma cosa; pero en las orientaciones fundamentales quienes se acaban por imponer son los mercaderes de largas distancias marinas y terrestres, los latifundistas que crían ganado, los financistas que median entre el tesoro local y los prestamistas europeos.

En el pensamiento sarmientino hay una fuerte dosis de democracia plebeya. Pero también existe una concepción elitista y mesiánica. En términos de política práctica el demócrata que critica acremente la democracia censitaria francesa y se deshace en elogios por la norteamericana tendrá que buscar su espacio entre los que dominan, en las instituciones que han creado para dominar. Buscar espacio y hacerse cómplice —aunque le pese, si le pesa— de los procedimientos políticos de la república oligárquica. Es bueno no olvidarlo: Sarmiento se siente Sancho Panza, nunca Don Quijote.

Para nuestro hombre la revolución de 1789 fue un fracaso; la de 1848 le inspira temor. Aunque reconociendo la legitimidad de la protesta de los proletarios parisienses teme el caos, los atentados a la propiedad. Su paradigma son los Estados Unidos. De Europa le impresionan los monumentos venerables; las multitudes hambrientas le parecen lamentables. El ejemplo, el modelo, son los Estados Unidos. Después de escrutarlos a través de Tocqueville irá a estudiarlos personalmente; será embajador en Washington antes de ser Presidente de la Nación.

El problema del sanjuanino y sus compañeros de la generación del'37 es construir una nación moderna a partir de una realidad social originada en la colonia; de construirla, además, con arreglo a ciertas imágenes, a un cierto imaginario. Suponíase que las ideas, devenidas guía de la acción y práctica política, permitirían afirmar el buen rumbo, con tropiezos, claro, con vacilaciones y errores, pero rumbo al fin. Las ideas prescribían un arsenal de instrumentos: poblar con inmigrantes calificados, cultos; levantar millares de escuelas y alfabetizar masivamente; extender ferrocarriles capaces de unificar el espacio interior; unir con el telégrafo todas las direcciones, todas las latitudes; distribuir la tierra entre los inmigrantes otorgándoles fracciones de razonable extensión a precios no especulativos. Aceptábase que por largo tiempo seríamos productores de materias primas y alimentos, que era preciso abrir las puertas al capital y las manufacturas extranjeras, a las tecnologías más avanzadas relativas a las prácticas agropecuarias.

Pero volvamos al comienzo: ¿qué hacer con la Argentina vieja, carcomida por el atraso, poblada con más vacas que personas humanas? En teoría: educar, educar, educar. En la práctica de gobierno —y Sarmiento será primer magistrado de su provincia natal y luego de la nación— el educar podía transformarse en reprimir, reprimir, reprimir.

Como gobernador de San Juan debe enfrentar un hecho grave: la montonera encabezada por el general Angel Vicente Peñaloza, el Chacho. Las poblaciones campesinas de varias provincias responden ampliamente al cencerro convocador del caudillo. Corre 1863 y don Domingo —el coronel Sarmiento, como gusta llamarse y que lo llamen— escribe un 12 de agosto al ministro de Guerra del presidente Mitre: "Hace seis meses que San Juan está bloqueada". ¿Qué sucede? Saliendo de San Juan hacia el norte —explica— hay en todas las direcciones un desierto sin agua: son como cuarenta leguas. Añade que todos los habitantes del desierto y los de Mogna han tomado armas en favor de Peñaloza. Después de Lomas Blancas (una derrota del Chacho a manos de las tropas nacionales), los de Valle Fértil y Chucuma se agitan hasta confluir con los montoneros.

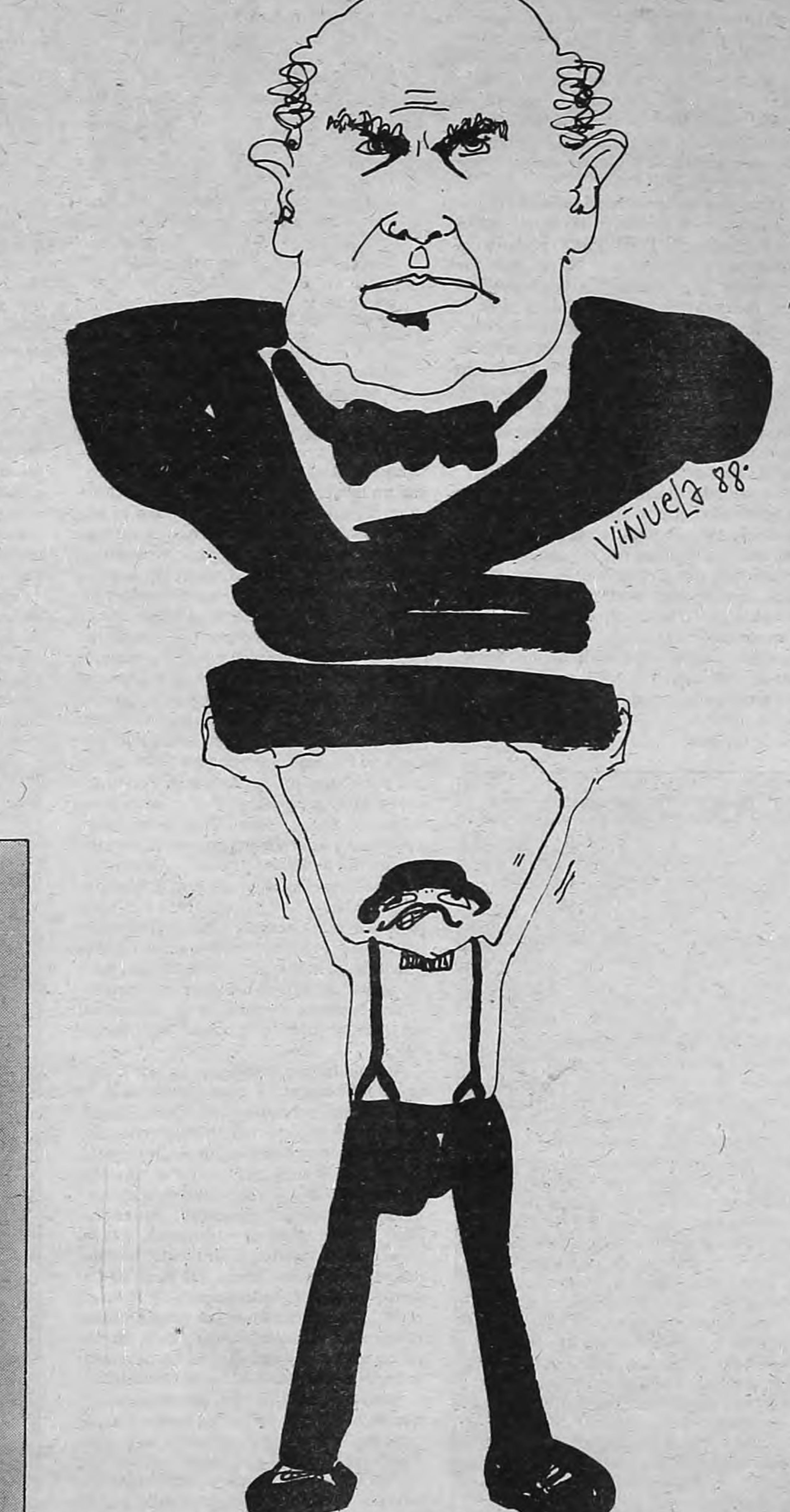
¿Qué clase de misteriosa seducción tiene Peñaloza, ese gaucho de modales mansos, postura erguida y ojos de un azul intenso? En realidad Sarmiento no lo ignora. En la *Vida del Chacho*, que escribe en los Estados Unidos, expresa que La Rioja, tierra escasa de aguas, tiene un pasado un tanto tormentoso. Los indígenas que vivían a orillas de las corrientes acuáticas fueron confinados en los así llamados "pueblos", unos caseríos sobre terrenos estériles cuyos habitantes manteníanse menguadamente con el producto de unas pocas cabras que pastaban arbustos espinosos. Esas gentes —reconoce Sarmiento— estaban siempre dispuestas a suplir con el sáqueo las necesidades que los medios de vida a que habían sido constreñidos les negaban. Primero los conquistadores y luego sus descendientes criollos reservaron para sí los manantiales y las fuentes, las tierras más productivas. La violencia del hambre había engendrado el hambre de la violencia. Y esos hombres —las víctimas de esas violencias— eran en gran medida los seguidores de Peñaloza.

Sarmiento agrega que la "ilustre" familia riojana Del Moral "hace medio siglo que se ve condenada a perecer víctima del sordo resentimiento de los despojados". Pero ese resentimiento nació y se fue alimentando porque "para irrigar unos terreños, los abuelos (de los Del Moral) desviaron un arroyo, y dejaron a los indios sin agua...". Más adelante nuestro hombre agrega que en los tiempos de Quiroga tanto los Del Moral como los Ocampo y los Doria serían blancos dilectos de los montoneros. La conclusión es la siguiente: cómo explicar sin estos antecedentes la "parte especial y espontánea" que tomaron en la "revuelta del Chacho" los llanistas y los habitantes de los pueblos de La Rioja, los habitantes de Valle Fértil y Mogna, los laguneros de Guanacache y todos los habitantes de San Juan desparramados en el desierto que se extiende al este y al norte de la ciudad hasta los pies de las montañas por la parte sur.

Sarmiento da cabales muestras de comprender las raíces, las razones profundas de ese tipo de insurrección campesina que es la montonera. ¿Por qué se limita entonces a reprimir, a mandar matar sin más ni más, al jefe de esos hombres? ¿No es que está dispuesto a terminar con los estorbos coloniales? Pero, en verdad, Sarmiento teme al pueblo y acaso más aún a sus explotadores; entretanto, quiénes sino éstos pueden devenir el sustento de una política de modernización que comienza por dejar intactas relaciones sociales secularmente injustas. Su respuesta en tanto gobernante es la de la oligarquía. Preguntémonos: ¿Había otras posibles? ¿Existía acaso una clase media campesina y urbana capaz de proclamar otros intereses que no los dominantes? Tal vez en la vejez —si no antes en sus adentros más íntimos— llega a comprender la verdad; en carta a su amigo José Posse le dice que él no fue ni es pueblo ni oligarquía. Un drama de impotencia.

La Argentina se organiza como Estado nacional a partir de estructuras coloniales que se irán modificando con el advenimiento del capitalismo; pero éste se inscribe sobre lo viejo, se aúpa en él y se mestiza. El mapa de la modernidad se va a inscribir sobre lo que se supone debía ser barrido. El "dejar pasar" y "dejar hacer" (de las manufacturas extranjeras, a los mercaderes) liquidará a los artesanos nativos. Todo se volcará hacia afuera. Las vacas y las cosechas tendrán un destino exterior. Los beneficios quedarán en manos de los dueños del poder, los viejos oligarcas modernizados y los nuevos oligarcas envejecidos en el maridaje con aquéllos. Los cambios se irán haciendo de la peor manera. La destrucción de artesanías y de pequeña producción campesina de subsistencia producirán la vagancia; la producirán los desalojos de las tierras, las guerras civiles, las persecuciones políticas. Y ya se sabe: aquellos a quien la ley llama "vagos" son penados con la leva forzada, uno de los peores azotes de esa Argentina en gestación. Más que como fuerza de trabajo las oligarquías provincianas precisaron de los vagos como mano de obra militarizada para proteger los ganados y las propiedades, de los indios, de otros vagos. La Argentina fue agregada a un sistema mundial de división del trabajo organizado por las grandes potencias; su destino fue trazado por los impulsos externos que, ciertamente, fueron aceptados buenamente por los criadores de vacas y los grandes mercaderes, por los grandes financistas y la mayoría de los políticos. Las multitudes campesinas, todo lo ralas que ellas fueran, vieron sacudido su modo de vida tradicional; sus jefes sintieron que el poder que detentaban venía a ser contestado por otro poder, emergido de Buenos Aires, emergido también a veces —en menor medida— de sus propios ámbitos lugareños. Por eso, en las montoneras vemos mezclados caudillos ricos, comerciantes prósperos, propietarios de minas y los estratos más sumergidos de la sociedad.

La formación del Estado nacional que tiene sus comienzos en la Batalla de Caseros fue una conquista. Los ejércitos armados en Buenos Aires por la oligarquía portuaria —confiscadora en su provecho de las rentas de la aduana— avanzaron a partir de 1861 sobre el resto del país. Como gobernador de San Juan y como ideólogo, Sarmiento fue un soldado de esa conquista. Serían sus aliados los azucareros del norte, algunos viñateros de Cuyo, los mercaderes interioranos dependientes para sus transacciones de los grandes importadores porteños de manufacturas extranjeras. Y dígase de paso que el ministro de Educación de Sarmiento sería un retoño conspicuo de una familia azucarera tucumana; habría de sucederlo en la Presidencia de la Nación. La pasión civilizadora de Sarmiento, más preocupada por los objetos de la modernidad que por los hombres de la tierra, cuyo drama, ya se ha visto, no dejaba de comprender, coincidía en aspectos esenciales con el proyecto oligárquico. Pero no sin una gran divergencia: la cuestión de la tierra. El sanjuanino gastó su pluma y enronqueció su garganta vociferando contra la gran propiedad territorial, en favor de los desposeídos del suelo. Estos, dispersos, disgregados, separados por distancias inconmensurables, carentes de toda cohesión, no pudieron constituirse en un sujeto social capaz de apoyar la grita de don Domingo. Además, en su concepción la justicia debía venir de arriba, si no de los cielos, por lo menos de los cielos del poder. Un pueblo sublevado y reclamando fuerte era de temer. Revolución francesa, jacobinismo, no eran fórmulas que lo sedujeran; parecíanle más bien sinónimos de desorden, de gobiernos despóticos. Su camino estaba marcado por Norteamérica; pero ¿cómo emprenderlo en una Argentina tan distinta? Careciendo de respuestas propias, diferenciadas de aquellas que inspiraban los detentadores de la riqueza y el poder, lo que aquí se estaba instrumentando era un camino prusiano sui generis. No para construir una grande y poderosa industria, no para fortalecer el mercado interno como consumidor fundamental de sus productos; sí para conquistar al propio pueblo y arrojarlo a la desesperación, sí para reestructurar el espacio interno en función de una producción agropecuaria volcada a la exportación.



SARMIENTO Y LAS MUJERES

Por María Moreno

Sarmiento nunca dejó de ser fiel a doña Paula. Casado con la Patria, pasó, a juzgar por sus retratos, de niño a viejo sin llegar a ser hombre. Insoportable y ejemplar, siempre se jactó de no haber sabido hacer bailar un trompo, levantar un barrilete, ni pegar un pelotazo. En cambio, no faltó nunca a la escuela. Su sombra pesada y moral amargó nuestra infancia bajo la imagen de su madre, pegada al telar como una araña para que, hasta las quemacorpiños de los años sesenta, pasáramos por el bautismo de la abnegación, el sacrificio y el ánimo por la industria casera. A la tejedora, él podría haberla descrito, como cabía en la época, "peinada en bandeaux y alta como una inglesa". Prefirió señalar que tenía los juanetes muy grandes, lo que es índice de energía, y un amago de cuernos sobre la frente con que la frenología halaga una inteligencia masculina.

Mientras el corazón del general Mansilla estaba tatuado como el de un marinero, el de Sarmiento sólo admitía sus propios rasgos, es decir los de Enrique Muiño. ("En mi corazón sólo entró yo", solía decir.)

Contrera de un imaginario erótico que se reparte entre el santuario hogareño y el quilombo, siempre anduvo más o menos del lado de la clandestinidad. Eso sí, nunca renegó del gusto por el menorazgo. A María de la Cruz Canto le hizo una hija, Emilia Faustina. A Benita Martínez Pastoriza (casada con un Castro), un hijo, Dominguito, aprovechando la venturosa casualidad —capaz de mantener una reputación sin faltar a la verdad— de que tanto Castro como Sarmiento se llamaran Domingo.

A Aurelia Vélez la conoció en casa de su padre, Dalmacio Vélez Sarfield. Con su lengua florida la llevó al divorcio (estaba casada con un Ortiz). Todas eran menores, a las que él engualichaba con una precoz peluca que, según Gálvez, estaba recargada de bucles como de víboras una cabeza de medusa.

En una taxonomía universal de mujeres, Sarmiento elogia a la "tapada peruana" de cuya saya asoma un solo ojo, a las españolas cuya mantilla les baja sobre las cejas, a las moras veladas pero siempre que puedan ver. Se nota en Sarmiento un fetichismo de los ojos, él que tenía una sola ceja que le corría de sien a sien como la de Otelo.

A Benita (la luego legítima) la hizo sufrir. De ella dice en su artículo *Las santas mujeres*: "Esta llena dolorosamente el fondo de la existencia, volcán de pasión insaciable, inextinguible, el amor en ella era un veneno corrosivo que devoraba el vaso que lo contiene y los objetos sobre los que se derrama". A ésta la llamaba "la fea". De Aurelia se separa para protegerla, al estilo del tango *Confesión*: "En pos de pasiones que nos han agitado hasta desconocernos el uno al otro, es una felicidad que el cielo nos depara, salvar del naufragio, y en lugar de aborrecernos cuando ya no nos amaremos, poder estimarnos siempre. Sólo así gozaremos de la felicidad que hemos buscado en vano".

Si Rosas tenía su policía en Josefa Ezcurra, si Echeverría en Mariquita Sánchez, Mansilla, sus traductoras (reales como la india Carmen, imaginarias como Katherine Nekrásov), Sarmiento, más moderno, tiene agentes de prensa. A Aurelia Vélez, a Mary Mann, a Elena Sarmiento les pide que lo difundan, lo defiendan, le ahuequen un ala de madre.

De Juana Manso dice que fue "el único hombre" que comprendió su obra. Amén de sobresaltos feministas, estaba más lejos de atribuir a una mujer valores masculinos que de acusar a sus contemporáneos de carecer de ellos.

Para Sarmiento toda mujer era madre, por eso se compró una Venus de Milo que aunque no tenga brazos, tiene pechos.

Hijo de todas ("Debe haber en mis miradas algo de profundamente dolorido que excita la maternal solicitud femenil"), como padre solía hablar como un funcionario. Cuando su hijo muere en Curupaití, escribe: "Después le mandaré los diarios de Buenos Aires con los discursos pronunciados en su tumba. Ha sido un día de duelo para toda la ciudad. Era un ídolo de todos, una esperanza para la Patria". ¡Qué inversión perdida!

Y aquí fueron estas ocurrencias, ya que él se quejaba: "Hay las mujeres de la Biblia, hay las de Shakespeare, o las de Goethe. ¿Por qué no he de tener para mí *Las mujeres de Sarmiento*?".

STRUIR NACION

León Pomer

Como gobernador de San Juan debe enfrentar un hecho grave: la montonera encabezada por el general Angel Vicente Peñaloza, el Chacho. Las poblaciones campesinas de varias provincias responden ampliamente al cencerro convocador del caudillo. Corre 1863 y don Domingo —el coronel Sarmiento, como gusta llamarse y que lo llamen— escribe un 12 de agosto al ministro de Guerra del presidente Mitre: "Hace seis meses que San Juan está bloqueada". ¿Qué sucede? Saliendo de San Juan hacia el norte —explica— hay en todas las direcciones un desierto sin agua: son como cuarenta leguas. Añade que todos los habitantes del desierto y los de Mogna han tomado armas en favor de Peñaloza. Después de Lomas Blancas (una derrota del Chacho a manos de las tropas nacionales), los de Valle Fértil y Chucuma se agitan hasta confluir con los montoneros.

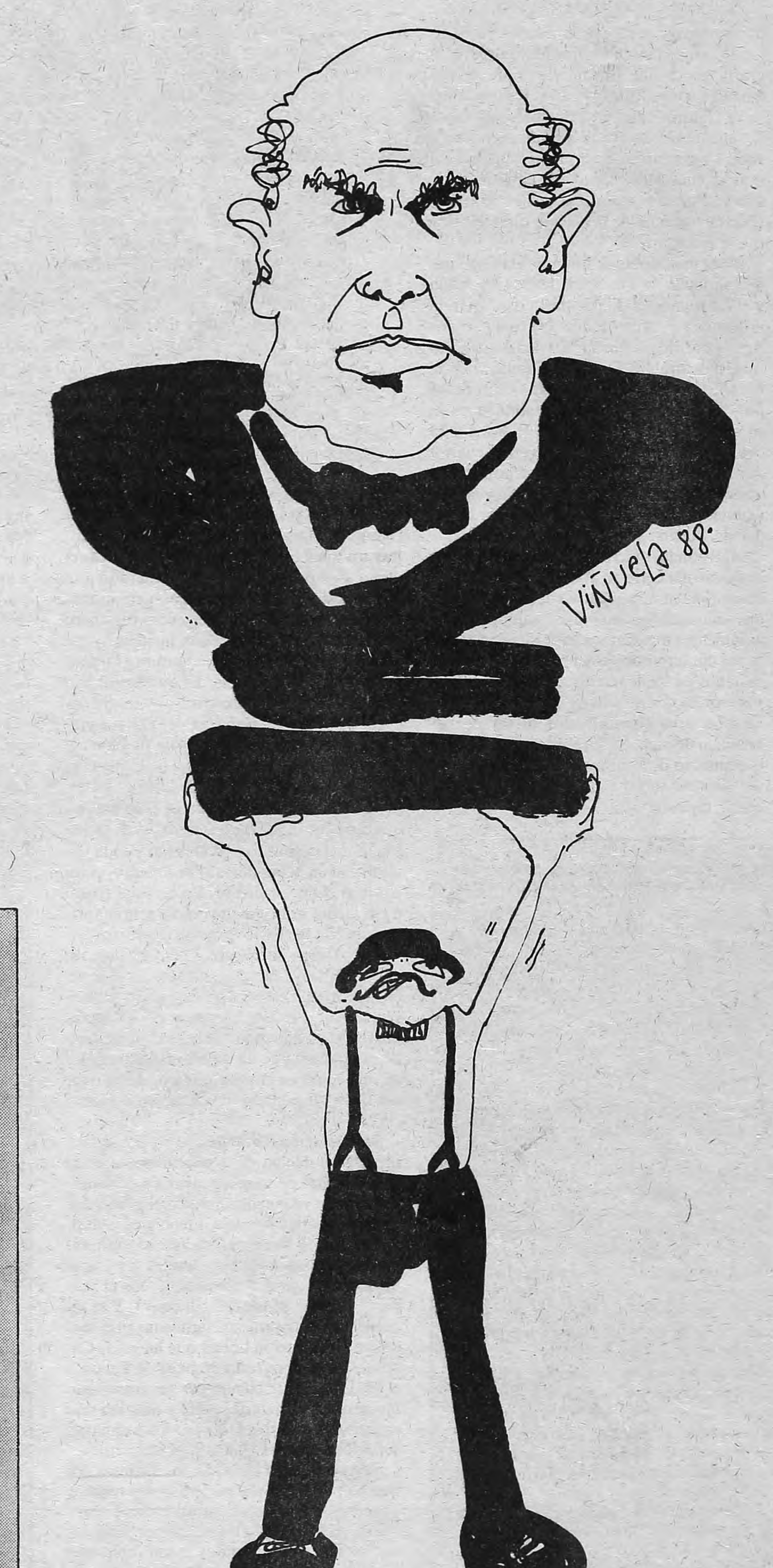
¿Qué clase de misteriosa seducción tiene Peñaloza, ese gaucho de modales mansos, postura erguida y ojos de un azul intenso? En realidad Sarmiento no lo ignora. En la *Vida del Chacho*, que escribe en los Estados Unidos, expresa que La Rioja, tierra escasa de aguas, tiene un pasado un tanto tormentoso. Los indígenas que vivían a orillas de las corrientes acuáticas fueron confinados en los así llamados "pueblos", unos caseríos sobre terrenos estériles cuyos habitantes manteníanse menguadamente con el producto de unas pocas cabras que pastaban arbustos espinosos. Esas gentes —reconoce Sarmiento— estaban siempre dispuestas a suplir con el saqueo las necesidades que los medios de vida a que habían sido constreñidos les negaban. Primero los conquistadores y luego sus descendientes criollos reservaron para sí los manantiales y las fuentes, las tierras más productivas. La violencia del hambre había engendrado el hambre de la violencia. Y esos hombres —las víctimas de esas violencias— eran en gran medida los seguidores de Peñaloza.

Sarmiento agrega que la "ilustre" familia riojana Del Moral "hace medio siglo que se ve condenada a perecer víctima del sordo resentimiento de los despojados". Pero ese resentimiento nació y se fue alimentando porque "para irrigar unos terrenos, los abuelos (de los Del Moral) desviaron un arroyo, y dejaron a los indios sin agua...". Más adelante nuestro hombre agrega que en los tiempos de Quiroga tanto los Del Moral como los Ocampo y los Doria serían blancos dilectos de los montoneros. La conclusión es la siguiente: cómo explicar sin estos antecedentes la "parte especial y espontánea" que tomaron en la "revuelta del Chacho" los llanistas y los habitantes de los pueblos de La Rioja, los habitantes de Valle Fértil y Mogna, los laguneros de Guanacache y todos los habitantes de San Juan desparramados en el desierto que se extiende al este y al norte de la ciudad hasta los pies de las montañas por la parte sur.

Sarmiento da cabales muestras de comprender las raíces, las razones profundas de ese tipo de insurrección campesina que es la montonera. ¿Por qué se limita entonces a reprimir, a mandar matar sin más ni más, al jefe de esos hombres? ¿No es que está dispuesto a terminar con los estorbos coloniales? Pero, en verdad, Sarmiento teme al pueblo y acaso más aún a sus explotadores; entretanto, quiénes sino éstos pueden devenir el sustento de una política de modernización que comienza por dejar intactas relaciones sociales secularmente injustas. Su respuesta en tanto gobernante es la de la oligarquía. Preguntémonos: ¿Había otras posibles? ¿Existía acaso una clase media campesina y urbana capaz de proclamar otros intereses que no los dominantes? Tal vez en la vejez —si no antes en sus adentros más íntimos— llega a comprender la verdad; en carta a su amigo José Posse le dice que él no fue ni es pueblo ni oligarquía. Un drama de impotencia.

La Argentina se organiza como Estado nacional a partir de estructuras coloniales que se irán modificando con el advenimiento del capitalismo; pero éste se inscribe sobre lo viejo, se aúpa en él y se mestiza. El mapa de la modernidad se va a inscribir sobre lo que se supone debía ser barrido. El "dejar pasar" y "dejar hacer" (de las manufacturas extranjeras, a los mercaderes) liquidará a los artesanos nativos. Todo se volcará hacia afuera. Las vacas y las cosechas tendrán un destino exterior. Los beneficios quedarán en manos de los dueños del poder, los viejos oligarcas modernizados y los nuevos oligarcas envejecidos en el maridaje con aquéllos. Los cambios se irán haciendo de la peor manera. La destrucción de artesanías y de pequeña producción campesina de subsistencia producirán la vagancia; la producirán los desalojos de las tierras, las guerras civiles, las persecuciones políticas. Y ya se sabe: aquellos a quien la ley llama "vagos" son penados con la leva forzada, uno de los peores azotes de esa Argentina en gestación. Más que como fuerza de trabajo las oligarquías provincianas precisaron de los vagos como mano de obra militarizada para proteger los ganados y las propiedades, de los indios, de otros vagos. La Argentina fue agregada a un sistema mundial de división del trabajo organizado por las grandes potencias; su destino fue trazado por los impulsos externos que, ciertamente, fueron aceptados buenamente por los criadores de vacas y los grandes mercaderes, por los grandes financistas y la mayoría de los políticos. Las multitudes campesinas, todo lo ralas que ellas fueran, vieron sacudido su modo de vida tradicional; sus jefes sintieron que el poder que detentaban venía a ser contestado por otro poder, emergido de Buenos Aires, emergido también a veces —en menor medida— de sus propios ámbitos lugareños. Por eso, en las montoneras vemos mezclados caudillos ricos, comerciantes prósperos, propietarios de minas y los estratos más sumergidos de la sociedad.

La formación del Estado nacional que tiene sus comienzos en la Batalla de Caseros fue una conquista. Los ejércitos armados en Buenos Aires por la oligarquía portuaria —confiscadora en su provecho de las rentas de la aduana— avanzaron a partir de 1861 sobre el resto del país. Como gobernador de San Juan y como ideólogo, Sarmiento fue un soldado de esa conquista. Serían sus aliados los azucareros del norte, algunos viñateros de Cuyo, los mercaderes interioranos dependientes para sus transacciones de los grandes importadores porteños de manufacturas extranjeras. Y dígase de paso que el ministro de Educación de Sarmiento sería un retoño conspicuo de una familia azucarera tucumana; habría de sucederlo en la Presidencia de la Nación. La pasión civilizadora de Sarmiento, más preocupada por los objetos de la modernidad que por los hombres de la tierra, cuyo drama, ya se ha visto, no dejaba de comprender, coincidía en aspectos esenciales con el proyecto oligárquico. Pero no sin una gran divergencia: la cuestión de la tierra. El sanjuanino gastó su pluma y enronqueció su garganta vociferando contra la gran propiedad territorial, en favor de los desposeídos del suelo. Estos, dispersos, disgregados, separados por distancias inconmensurables, carentes de toda cohesión, no pudieron constituirse en un sujeto social capaz de apoyar la grita de don Domingo. Además, en su concepción la justicia debía venir de arriba, si no de los cielos, por lo menos de los cielos del poder. Un pueblo sublevado y reclamando fuerte era de temer. Revolución francesa, jacobinismo, no eran fórmulas que lo sedujeran; parecíanle más bien sinónimos de desorden, de gobiernos despóticos. Su camino estaba marcado por Norteamérica; pero ¿cómo emprenderlo en una Argentina tan distinta? Careciendo de respuestas propias, diferenciadas de aquellas que inspiraban los detentadores de la riqueza y el poder, lo que aquí se estaba instrumentando era un camino prusiano sui generis. No para construir una grande y poderosa industria, no para fortalecer el mercado interno como consumidor fundamental de sus productos; sí para conquistar al propio pueblo y arrojarlo a la desesperación, sí para reestructurar el espacio interno en función de una producción agropecuaria volcada a la exportación.



Y LAS MUJERES

María Moreno

los ojos, él que tenía una sola ceja que le corría de sien a sien como la de Otelo.

A Benita (la luego legítima) la hizo sufrir. De ella dice en su artículo *Las santas mujeres*: "Esta llena dolorosamente el fondo de la existencia, volcán de pasión insaciable, inextinguible, el amor en ella era un veneno corrosivo que devoraba el vaso que lo contiene y los objetos sobre los que se derrama". A ésta la llamaba "la fea". De Aurelia se separa para protegerla, al estilo del tango *Confesión*: "En pos de pasiones que nos han agitado hasta desconocernos el uno al otro, es una felicidad que el cielo nos depara, salvar del naufragio, y en lugar de aborrecernos cuando ya no nos amaremos, poder estimarnos siempre. Sólo así gozaremos de la felicidad que hemos buscado en vano".

Si Rosas tenía su policía en Josefa Ezcurra, si Echeverría en Mariquita Sánchez, Mansilla, sus traductoras (reales como la india Carmen, imaginarias como Katherine Nekrásov), Sarmiento, más moderno, tiene agentes de prensa. A Aurelia Vélez, a Mary Mann, a Elena Sarmiento les pide que lo difundan, lo defiendan, le ahuequen un ala de madre.

De Juana Manso dice que fue "el único hombre" que comprendió su obra. Amén de sobresaltos feministas, estaba más lejos de atribuir a una mujer valores masculinos que de acusar a sus contemporáneos de carecer de ellos.

Para Sarmiento toda mujer era madre, por eso se compró una Venus de Milo que aunque no tenga brazos, tiene pechos.

Hijo de todas ("Debe haber en mis miradas algo de profundamente dolorido que excita la maternal solicitud femenil"), como padre solía hablar como un funcionario. Cuando su hijo muere en Curupaití, escribe: "Después le mandaré los diarios de Buenos Aires con los discursos pronunciados en su tumba. Ha sido un día de duelo para toda la ciudad. Era un ídolo de todos, una esperanza para la Patria". ¡Qué inversión perdida!

Y aquí fueron estas ocurrencias, ya que él se quejaba: "Hay las mujeres de la Biblia, hay las de Shakespeare, o las de Goethe. ¿Por qué no he de tener para mí *Las mujeres de Sarmiento*?".

AMBIGUO, CONTRADICTORIO Y CONCRETO

Por David Viñas

El Zonda y *El Censor* aparecen como los dos emblemas, a partir de lo más concreto de sus títulos, del paisaje mayor del sanjuanino. Turbulencia/control. Porque si en 1839 el nombre de ese viento simboliza "el terruño" y un tormentoso romanticismo aprendido en los poetas alemanes, en Espronceda o quizás en Byron, el segundo nombre alude —ya en la década final del 1880— a la actitud predominante de un viejo que se especializa en controlar la Argentina de Roca y Juárez Celman proponiendo premios y castigos. Sarmiento va dibujando así, mediante su producción y su biografía, un clásico modelo victoriano que se empieza como Rimbaud a los treinta años, se va clausurando con ademanes a la Goethe al cumplir setenta. Y aunque convivan a veces como contradicción principal de su drama, el revolucionario con aires de bohemio se desplaza, entonces, hacia el gran burócrata y general de la Nación que santifica o que rezonga.

Otras dos hipótesis longitudinales se podría insinuar: la que entre 1845, con *Aldao* y el *Facundo* se extiende hasta recalar en la polémica con Alberdi del '53, pasando por *Recuerdos de provincia,* los *Viajes* arbitrarios, memorables, y por la *Campaña en el Ejército grande.* Son ocho años saturados por "el ciclo del Facundo" y también los de su apogeo como escritor que va acertando con una ecuación entre las diversas coartadas posibles del oficio. Se podría postular que es la etapa de mayor oposición y agresiva lucidez antes de ser englutido por el poder de Buenos Aires. Primera hipótesis.

La segunda, diacrónica también, es la que se desarrolla entre su apelación al "medio" como elemento explicativo de un comienzo, que será reemplazado por la "sangre" en sus argumentos más tardíos. Nuevamente se trata del circuito que va del *Facundo,* durante sus años de Chile, en dirección a *Conflicto y armonías de las razas en América* del 1883. Se sabe: es la interiorización de un recurso analítico del siglo XIX que se desliza desde el predominio de la historia en dirección a un darwinismo social cada vez más impregnado de racismo.



Dalmacio Vélez Sársfield: *—¡Quedémonos, Excelencia! Dicen los diarios que los cordobeses van a recibirnos con una silbatina y que nos hemos hecho muy impopulares.* **Sarmiento:** *—¡Qué importa eso! ¿Acaso somos más populares aquí? Hágame el favor de decirme a qué rincón de la república debemos ir para encontrar la popularidad.*
El Mosquito, *8 de octubre de 1871. Dibujo de Stein.*

Sin embargo, si esas tres líneas subrayan los cambios principales que se van produciendo a lo largo del trayecto de Sarmiento, hay un núcleo en el *Facundo* que funciona como algo permanente, casi inalterado aun en sus deslizamientos temáticos o en sus matices conceptuales. ¿A qué género pertenece el *Facundo?* En esa pregunta insidiosa ya se está aludiendo a la clave; esa obra es un híbrido, pero no es novela. Es que Sarmiento —sagaz táctico de la escritura— se distancia de esa franja literaria. ¿Por? Porque pretende matar varios pájaros de un tiro con ese texto primordial: distanciarse de la novelística que opera al borde de "la locura" imaginaria. Y distanciarse, a la vez, de *la locura* histórica de Facundo Quiroga cuyo delirio se define por el despilfarro en el juego y en la administración gubernativa. Por lo tanto, es un conjuro el de Sarmiento. En especial frente a esa *locura* quiroguiana que se sobreimprime con "la barbarie". Peculiar *ahorro* "civilizado" el de Sarmiento quien, al final, recuperará como salud verificable en el género mucho más "sensato" que suele llamarse ensayo. Pronunciamiento *cool* contrapuesto a "lo aturdido". Ese es el lugar donde, utilitariamente, lo espera el atesoramiento verificado en el propio texto, definitivo, del libro subtitulado "civilización o barbarie".

Acumulación o despilfarro es, por lo tanto, el gran dilema. Y el núcleo que si en lo fundamental permanece invariable, obsesivamente se va convirtiendo en el generador de su dramática literaria, ideológica y vital. Sobre todo si lo de *civilización* se connota, poco a poco —además de antilocura y acumulación— con la "moralidad", con el "orden", con la "sensatez" educativa. Y la secuencia que convertirá a Sarmiento en el modelo de civilización liberal que luego de Caseros, pero sobre todo después de Pavón y el 1861, se irá definiendo por su centralismo modernista, eficiente por ahí, y cada vez más autoritario o despiadado con las campañas sobre Ñaembé, el Chaco o el Desierto.

Veamos. Como los *otros,* los distintos, los que no participan del poder, suelen resultar opacos, "raros" y no entran en las categorías de racionalidad propuestas por Sarmiento, no sólo son definidos como *inmorales* además de sucios o haraganes, sino que deben ser eliminados. En esa secuencia edificante, además de los gauchos previsibles, se inscriben los rotos y los mineros de Chile; los argelinos que no acatan al mariscal Bugeaud en 1848 y los mexicanos chuecos frente a los yanquis tan intrépidos. Y los paraguayos de Humaitá y Solano López; y los indios de Cafulcurá y Catriel; y los hindúes sublevados contra los ingleses en 1857.

Y hacia el final —en la década en que Cambaceres, *Hombres de presa* de Drago y *Ladrones célebres* del primer Fray Mocho polemizaban con *Las beldades de mi tiempo*— también son vistos como "degenerados" los inmigrantes convocados pero que protestan. Los linajes son reemplazados vertiginosamente por los prontuarios y las genealogías por los manyamientos. Y ni hablar de ese extremo "puesto al rojo" que eran los socialistas de entonces y los anarcos que leían a Malatesta o a Bakunin. Es decir, que la civilización moral y acumulativa programada por Sarmiento entendido como intelectual orgánico de la burguesía, se va convirtiendo a lo largo de los años '80 en un antecedente, categórico, de la Ley de Residencia del 1902.

Con la escritura en su sentido más específico, pasa algo similar. Si a Sarmiento se lo recuerda por su tan traído y llevado "las ideas no se matan" es porque se está aludiendo a su manera de escribir: Sarmiento también es *ahorrativo* cuando escribe; lo hace a punzón y sobre piedra. Y esas peculiares *grabaciones* no sólo acontecen al cruzar los Andes, sino que se repiten en la isla de Juan Fernández, en Argelia y en Martín García. Pero también en el frontispicio imaginario de las grandes tumbas: semejantes incisiones deben conjurar el despilfarro que presupone el olvido o los antiguos papeles que, en 1883, le reclama a Lastarria y que habían quedado dispersos en algún cajón chileno o, eventualmente, en Valparaíso o Yungay.

Con la enseñanza de la lectura, el ademán es parecido: a las señoras —como textualmente postula en su *Educación común* de 1853— les corresponde erigirse en maestras domésticas de sus cocineras. "Esas chinas". Que analfabetas, sobre todo si son chilenas, no sólo despilfarran la comida, sino que pueden convertirse en un "peligro" para sus patronas a causa de su inhabilidad. Esto es, envenenarlas, provocando una muerte señorial que debe ser considerada otra inflexión del bárbaro y loco despilfarro.

La dualidad entre *acumulación civilizada* "barbarie despilfarradora y delirante" podría prolongarse, además, en las biografías "morales" contrapuestas plutarquianamente a las *inmorales.* Paralelismo que Sarmiento va construyendo entre Franklin, Lincoln, Aberastain y Dominguito. Incluso, con sus propios *Recuerdos de provincia.* En tajante polarización respecto de los "inmorales despilfarros" acometidos por Aldao, Artigas y también el Chacho.

En ese vaivén primordial oscila el esquema de Sarmiento. Maniqueísmo que es todo lo contrario de una dialéctica en tanto sus figuras son esencias inmutables que así como no cambian, sólo pueden resolverse en la guerra. Quiero decir, en el exterminio de quienes no participaban del poder, y de los heterodoxos, los "extraños" o *desviados* respecto de la Norma. En esa exclusión que se va comprobando en el reemplazo de la fórmula inicial de 1845 que, en lugar de la "y" copulativa, implanta la "o" disyuntiva y categórica.

Desplazamiento que sirve para proponer un Sarmiento que ni ángel, ni demonio. Como quiere la versión literal o la revisionista. "Nuestro Sarmiento" es más ambiguo que todo eso; más histórico, contradictorio y concreto. "Un burgués conquistador" devoto del *poor Richard,* de Lesseps, de Morse y su telégrafo y, sobre todo, de uno de los organizadores del imperio francés del siglo XIX. Que muy poco tiene que ver, por cierto, con canonizaciones como las que oficialmente proliferan en este año argentino de 1988.

Desorden y producción

"Con los azotes, el gaucho contó la historia como debía de ser..."
Facundo, *1845*

El autobiografismo de Sarmiento además de exaltación del recuerdo contra el olvido, se organiza por lo general como un *collage* que está apuntando hacia una memoria selectiva. Quién se acuerda de *todo,* ni siquiera Ricardo Rojas que le reprocha al sanjuanino no haber terminado ninguna obra "cerrada", con una estructura inobjetable. Pero además de insinuarle eventualmente a Rojas que él, él mismo, reprochaba "desprolijidad" o *textos descosidos* desde la perspectiva privilegiada de un profesor universitario que redactaba, en 1919, su monumental historia de la literatura argentina desde una casa que era, quiso ser y es un monumento, correspondería decir ahora que lo más rescatable de la producción literaria argentina es una antología de "rejuntes"; una secuencia, secular ya, cuyos valores residen, precisamente, en sus "huecos", en sus *muescas* entendidas como "casis", y en sus lagunas, silencios, reticencias y pérdidas.

Para tratar de ser edificante: correspondería repensar los libros argentinos fundamentales a partir de las *condiciones de producción "precarias".* En este sentido Sarmiento no se queda solo. Con recordar algún prólogo de Roberto Arlt me parece, por ahora, suficientemente claro.

De los grandes héroes a Macedonio

"Por qué mató, general, a Chilavert, al día siguiente de la batalla, después de la conversación que tuvieron?"
Las ciento y una, *1853*

En carta a Mitre, Sarmiento le informa de la biografía sobre Belgrano que está escribiendo el uruguayo Andrés Lamas. No sólo se ponen de manifiesto allí los rasgos precursores del sanjuanino entendido como *profesional de la literatura* (llevar un ejemplar a París, ocuparse de la distribución del libro, de los comentarios cómplices, de visitar al jefe de la página cultural de algún periódico), sino de su obsesión por los "grandes héroes": Belgrano debe ser análogo a Cromwell en sus dimensiones sobrehumanas; Mitre de la misma estatura que Guizot y otros historiadores románticos; el jefe de Tucumán y Salta debe servir para iluminarlo al propio Mitre. Y otros consejos de alguien que sabe con qué bueyes ara.

Quizá lo más significativo sea el *Héroe* que se reserva el propio Sarmiento: Rosas; una figura tan "descomunal" como el propio sanjuanino, alguien que en función dramatúrgica le sirva para contraponer protagonistas y deuteragonistas. *Facundo* antagonista de *Recuerdos.* Recuperando, una vez más, los paralelismos plutarquianos y el juego especular entre "lo inmoral" y el *moralismo de moraleja* que, deliberada, evidente y pedagógicamente recorre la totalidad de la obra del sanjuanino. De un obsesivo, reiterado "diálogo entre gigantes".

Esa visión a lo Barnum va a rebotar, justificando el seudónimo de Almafuerte. "Romanticismo tardío". Sin duda. Versión de *lo infinito* o de "lo sublime" más o menos sinfónico que si entonces operaba con lo indecible, cien años después bordea el filo despiadado de lo ilegible.

El itinerario mayor de la literatura liberal argentina enhebra esos tres momentos: la magnitud agresiva de Sarmiento en su inflexión más crítica frente al arcaísmo de Rosas; la *sobrescritura* de Almafuerte trabajada por lo enfático y sus inverosimilitudes disimuladas con latiguillos; hasta encallar en el virtuosismo decorativo de Lugones. 1852, 1910 y 1934; Caseros como apertura; la culminación autocomplacida del Centenario y las abdicaciones del último liberalismo imaginativo frente al Congreso Eucarístico Internacional encabezado por la dupla general Justo/ cardenal Pacelli. Menos mal que al conjuro de esas expansiones sea la literatura *analgésica* de Macedonio: ni triunfalismos, ni músculos, ni redundancias y mucho menos la presunta certeza positivista de lo protocolizado. "Escamoteo, al mismo tiempo, el corpus de lo que escribo y mi propio cuerpo despojado de certezas y armaduras".

IMPLACABLE Y AUTORITARIO, PERO ETICO

Por Fermín Chávez

Hablar de Sarmiento es como hacerlo de Jorge Luis Borges. En lo meramente literario e imaginario estamos de acuerdo. De ahí para adentro, nada que ver. Si alguien me preguntara: "Oiga, amigo, ¿este Sarmiento lleva a una nación llamada la Argentina?", estaría tentado de contestarle como el correntino del cuento: "Ni lo uno ni lo otro. Ni yo soy su amigo ni este camino va para Goya".

Aclaremos, para evitar malentendidos, que escribimos desde el punto de mira de esa pared que en el film *Sur* de Pino Solanas tiene a Scalabrini Ortiz y a Jauretche: una Argentina autoconsciente, afirmadora de una cultura propia, base de todo poder nacional; y no desde lo "universal". Pero también que parto de la inteligencia sarmientina, cuya fuerza deslumbra de continuo. Fuerza cuando levanta el vuelo y fuerza cuando cae rozando los cardos de las cañadas. En nuestra tierra han crecido muchos de estos árboles frondosos que portan (por así decirlo) aquella doble verdad que se atribuye a Sige de Brabante, ése de quien dijo el Dante: *"Che leggendo nel vico degli strami/ Sillogizó invidiosi veri"*. Las dos verdades que se excluyen: la creencia en lo propio y, frente a ella, la razón europea del momento.

Sin haber sido el creador de la fórmula-dilema *Civilización* o *Barbarie*, fue él quien la consagró desde Chile, en folletín, primero, y en el libro, después. Y esto no ocurrió en 1835 o 37, cuando sus compañeros de generación se juntaban para buscar lo nacional como producto histórico, coincidiendo con el segundo gobierno de Rosas. Ni sucedió después de 1849, en que la Confederación firmó la paz con Gran Bretaña. Fue en mayo de 1845 que apareció en *El Progreso* el folletín con el *Facundo*, esto es semanas después de la llegada a Montevideo de los enviados imperiales Gore Ouseley y Deffaudis, con su "mediación armada". Estos emisarios venían cubiertos por una campaña de argumentos acerca de Buenos Aires *bárbaro* y Montevideo *civilizado*, lanzados especialmente por la *Revue des Deux Mondes*.

No vamos a abundar sobre la tesis que padece dicha fórmula, de la que se ocuparon en su tiempo Juan B. Alberdi y los gringos Pedro de Angelis y Alejo Peyret. Ni nos referiremos a la inversión de sentido del término *bárbaro* que tanto perjuicio ha hecho a la cultura de los pueblos del *Orbis Novus*.

Sí, porque esa tesis nos hizo mucho daño, diría, irreparable, ya que su núcleo de pensamiento nutriría la cultura oficial argentina consolidada entre 1860 y 1910, en tanto sirvió de sustento ideológico del modelo desplegado por la Pampa Húmeda, escenario real del programa de *Facundo*: "La Europa, en fin, vaciarla de golpe en la América, y realizar en diez años la obra que antes necesitara el transcurso de siglos". Como él decía, Rivadavia era el representante de "la civilización europea en sus más nobles aspiraciones", y sus adversarios, los de "la barbarie americana en sus formas odiosas y repugnantes". Maniqueísmo y abstracción que, finalmente, se volvieron contra Sarmiento, porque, desde el sur de Europa se volcó en nuestras llanuras y ciudades no lo que a él le agradaba. Esos pueblos eran "lo más atrasado de Europa", "bachichas", "palurdos", "raza semítica", "chusma irlandesa". Cuánto perjuicio nos hizo este racismo del Sarmiento spenceriano que escribió: "No queremos exigir a la democracia más igualdad que la que consienten la diferencia de razas y posiciones, nuestras simpatías por los ojos azules" (O.C., vol. 40). O esotro: "Patricios a cuya clase pertenecemos nosotros, pues no ha de verse en nuestra Cámara ni gauchos, ni negros, ni pobres". (Vol. 39).

Si todo esto no es despotismo ilustrado, más sabio es mi mancarrón. Hubiese sido una suerte de milagro que su racismo y autoritarismo no se hubiesen trasmitido al sistema pedagógico que los argentinos "blancos" y "blanqueados" consumimos.

Podríamos insistir en el antiespañolismo de don Domingo Faustino, curioso porque su genio tuvo mucho de las tormentas de la vieja Hispania y, por los Albarracín, algo de moro, sin olvidar que, en los tatarabuelos, unían sangre con Juan Facundo Quiroga. Prefiero esta vez recordar una disertación suya, leída el 11 de octubre de 1858 en el Ateneo del Plata, sobre *"Espíritu y condiciones de la historia en América"*, en la que se muestra entusiasta del descubrimiento de Colón y optimista sobre el porvenir del Nuevo Mundo: "Vais a ver a la América —dijo— resolver desde sus selvas primitivas las grandes cuestiones de la humanidad entera". Eso sí, con observaciones a Rousseau por su pretensión de hallar la perfección en la "vida salvaje". Es que él no conoció, expresa, "la vecina horda del Pampa o del Ranquel".

Sarmiento jamás fue un moderado. Fue implacable con el Chacho y López Jordán. Y con la misma redondez con que, en 1845, declara a Rosas una "monstruosidad", después de Caseros afirma que aquél "era un republicano que ponía en juego todos los artificios del sistema popular representativo", y "era expresión de la voluntad del pueblo".

No podría terminar sin decir mi admiración por quien, en el poder político, fue un hombre ético, con su conducta frente a la especulación desatada. En eso había mucho de la cultura estoica heredada, aunque él se resistiera a reconocerla. Esto vale alturas, más en estos tiempos.

LA NIÑEZ DE AMOR UN TEMPLO

Por Martín Caparrós

Cuando yo era realmente joven y no *un* joven, cuando ignoraba aún gozosamente la diferencia que un artículo —sobre todo indeterminado— puede introducir en un estado, cuando era tan joven que no tenía todavía que trabajar de tal para ocupar un espacio que no me interesa ocupar, entonces, digo, cuando era tan ominosamente joven que fungía en el primer grado superior de una escuela pública, hubo una vez en el establecimiento de marras un concurso de preguntas y respuestas sobre la vida y obra del gran sanjuanino. Yo triunfaba —en mi recuerdo yo triunfaba— y así, respondido que hube satisfactoriamente a todas sus inquisiciones, el señor director, entusiasmado por mi despliegue memorístico, me sometió a una última ordalía: "El número de teléfono", dijo: "díganos el número de teléfono de Sarmiento". A lo cual yo, sin repetir y sin soplar, le espeté rotundamente uno que, pardiez, no era otro que el propiamente mío. ¡Hossana, gloria, hossana! ¡En ese momento supremo, en ese destello epifánico, y por un segundo interminable yo, válgame el cielo, yo mismo fui don Domingo Faustino Sarmiento!

(* * *)

La Argentina no olvida a sus próceres y resulta, al mismo tiempo, incapaz de analizarlos, de desmenuzarlos con la mirada de la historia. La Argentina enarbola a sus próceres como máscaras, como gastadas banderolas, repitiendo *ad infinitum* aquel momento fundacional: esa mañana de mayo en que los próceres genitales pergeñaron la máscara de Fernando VII para no verse obligados a situar sus actos en un presente con mañanas, para convencer o convencerse de que sólo estaban repitiendo escenas anteriores. Desde entonces, los próceres que supimos conseguir viven su inmortalidad en un desván de donde los sacan según momentos y circunstancias para hacerlos funcionar como definiciones imposibles, remisión a un pasado donde todo era otro, legitimación cada vez menos creíble de una incapacidad actual. Así, no hay idea de ejército pretendidamente honesto que no aparezca montada en un caballo blanco, ni nacionalista que no se crea obligado a empuñar una mazorca. Ni niño aplicado o esforzado maestro que no se crea un Sarmiento. Máscaras, ausentes de la realidad, epítetos de excelencia que excelentemente se encargan de mantener las sombras, de trabajar el mito como único recurso. La fórmula, de ahí en más, sería simple: garantizar la producción de pretendidos émulos: repeticiones incesantes de modelos ajados, eternos retornos de lo que nunca funcionó.

(* * *)

En ese cuidadoso reparto —en esa gran película nunca proyectada—, don Domingo Faustino Sarmiento funciona como el gran aprendiz, el gran educador. El docente es el inverso simétrico del creador, su complemento. El docente es aquel que debe propagar lo aceptado, lo constatado, lo compartido, trabajar en las marismas del saber común. El creador, aquel que debe decir lo nunca dicho, y entrambas aguas, por supuesto, el periodista, compelido a repetir lo obvio como si fuera siempre la primera vez. El sanjuanino, inmortalizado como maestro, fue, antes que nada, el insigne creador de una construcción inverecunda con un nombre muy propio: don Domingo Faustino Sarmiento, o sea: sí mismo.

(* * *)

La patria, en ese entonces, era un poroto. Los padres de la patria no tenían abuela, no había próceres, no había figuritas para ganarse la pelota, el simulcop estaba vacuo y lacrimal. Hay, cuenta don Domingo, un polvo fundacional y simultáneo dividido en dos: Plaza de Mayo, veinticinco del cinco del diez, y casucha de San Juan, ídem de ídem. Por eso Dominguito nació en febrero, cuando la patria cumplía nueve meses y, desde entonces, puso todo su empeño en descontarle esa ventaja.

Empeño, convengamos, esforzado, difícil. Me gusta imaginármelo como un desclasado que elegía contra su barbarie la elegía de una civilización notoriamente ajena, como un robusto semianalfabeto que en lugar de cabalgar los llanos cual encelado tigre enseñaba con celo las primeras letras a retacas señoritas en una escuela de señoritas sanjuaninas y que, fugitivo y sudado, escribió en una piedra sin iglesia una frase sobre las ideas para que nadie la entendiera, en otra lengua sólo para mostrarse demostrando que él no era uno de esos bárbaros y secarse la frente con el pañuelo sucio, y seguir huyendo. (Mientras quedaba, permanecía, doña Paula canosa y recogida como una suerte de Penélope que teje bajo el emparrado sólo para que su niño crea que el retorno será posible alguna vez, que existe el retorno, que hay un lugar que se mantiene, es decir: la ilusión de la madre patria siempreviva.)

O imaginármelo si no —y me cuesta menos— en Chile cuando ya había entendido que las palabras son las de la tribu, que no *sirve* escribir para decir que ellos jamás entenderán lo que les dice, y redactando entonces en noches desveladas esa historia de su vida con tan poca historia, los recuerdos de una provincia olvidada. Y, de ahí en más, la cuidadosa construcción del bronce.

En el siglo XVIII, y en Francia, Francois-Marie Arouet inventó una posibilidad. El joven Arouet era el ignoto retoño de un don nadie, en un tiempo en que valía, más que el hombre, el nombre y los linajes. En el orden férreo de la nobleza se era por derecho de sangre, y no había transfusiones. Pero empezaba a haber unos señores, los burgueses, que creían en la potencia transformadora de la industria, y en la posibilidad de construir su propio nombre con la circulación de sus lingotes y el sudor de frentes contratadas. La idea burguesa del capitán de la industria, del *self made man* de los negocios aparece entonces y al joven Arouet, tal vez por mimesis, se le ocurrió en una noche de tabernas que tal vez pudiera aplicar el mismo modelo a los trabajos del intelecto. Hasta entonces no había intelectuales, sino artesanos o diletantes: maestros escribidores de comedias, bibliotecarios eruditos, marqueses dados a los enredados meandros de la metafísica. El joven Arouet pensó que una sabia mezcla de todas estas hierbas y una indudable capacidad para la farsa y el retruécano, a más de la osadía siempre necesaria, podrían hacer de cualquier nombre vulgar un nombre propio. En esos días de 1719, Francois-Marie Arouet se hizo llamar Voltaire, empezó a escribir todos los géneros, a polemizar todas las cuestiones, a participar, amparado en su obra, en los avatares políticos del momento y, como quien realmente quiere la cosa, terminó por inventar la figura del intelectual moderno, el que define su lugar en el mundo desde la producción de sus palabras, y desde allí interviene, truena, pontifica.

(* * *)

Supongo que fue en Santiago de Chile, 1841, cuando el treintón Domingo comprendió que no le quedaba otra salida. Mucho antes de que a alguna niñez se le ocurriera levantarle ningún templo, palurdo y medio bruto todavía, feo pero por suerte pobre, empezó a escribir sus recuerdos porque estaba pero que muy claro que nadie haría de su nombre un Nombre si no él mismo. "Era provinciano, carecía de fortuna o vínculos de sangre valedera, estaba en el exilio y sin tabaco, así que decidió poner la piedra fundacional del monumento haciendo de su nombre un nombre con historia, con recuerdos. De allí a las intervenciones públicas, políticas, al estruendo de una voz detonante y la medida edificación de un personaje que se aliaba con casi todos para que pareciera que no se casaba con nadie, para que no se notara que sólo con sí mismo.

(* * *)

Me gusta imaginármelo en ese trabajoso camino volteriano y sospecho que me gusta imaginármelo porque sospecho que a poca gente, en este país, le gustó tanto imaginarse a sí mismo como a don Domingo, imaginarse, inventarse una figura premoldeada en bronce y hacer de ese bronce carne y huesos, hacerse como nadie se ha hecho y lo imagino aunque para este esquema, como para toda simplificación, deba dejar de lado lo que más me incita del personaje: la silueta de ese ventripotente colérico y bilioso que se ganó el extendido sobrenombre de "el loco" e incluía en su carnet de gastos viajeros el acariciante rubro "Orgías", sin acento tónico, o la compra inmediata de unas botellas de burdeos y borgoña no más puesto el rudo pie cuyano en tierra gala. O el solterón, de amores engañosos. O el amoroso padre de un hijo de quién sabe.

Porque la idea es pensarlo como el primer intelectual volteriano de estas pampas, el primero en abrirse con la pluma su camino al panteón de las máscaras, el primer *self made man* burgués a la criolla, el que cristalizó el modelo que después comprarían todos aquellos que vendrían a este país a hacer la América, y que él con tanto ardor había llamado. Estaba claro: los gauchos, como los árabes, eran nómades que nunca edificaron monumentos. Y él necesitaba fulanos industriosos que creyeran que el futuro existía y valía lo bastante como para dedicar el presente a asegurarse un lugarcito en él. Con estos gringos que nos dieron sus nombres, don Domingo Faustino garantizó la utilización persistente de su máscara, con tan buen tino que logró que lo recordaran como ejemplar padre del aula y no como creador del modelo de construcción que necesitaba la modernidad, el modelo de un argentino que se hacía a sí mismo, el modelo de una Argentina que tenía que haber sido, la del '80, la de las glorias aún del centenario, aquella en la que aún sonaba a broma la frase de Clémenceau cuando decía que éste era sin duda el país del futuro, y que lo seguiría siendo siempre.

Con un mito un poco desplazado, entonces. Un creador quedó como docente, porque supo crearse a sí mismo como tal y morirse, en esos años y otras tierras, si no contento cual Cabral, al menos satisfecho. *"Je ne les ai pas battu, mais je me suis bâti"*, pudo escribir entonces en una piedra paraguaya. Como quien dice: hay bronce, y no hay cenizas en el bronce.

